

BOX SETS BRUJERA

PUNTO

ROJO

¿A QUE HORA LE
MATARON, MISTER
LUTERO KING?

Keith Luger



COLECCION

PUNTO ROJO



KEITH LUGER

**¿A QUE HORA LE
MATARON, MISTER
LUTERO KING?**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 864
Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

ISBN: 84-02-02520-X

Dépósito legal: B 29.936 - 1978

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición en esta colección: noviembre, 1978

© Keith Luger - 1978

Concedidos derechos exclusivos a favor de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1978

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.283 — La historia de Billy el Melenas.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.472 — Se matan mujeres por poco precio.

En Colección BUFALO SERIE ROJA:

967 — El Oeste en llamas.

En Colección SALVAJE TEXAS:

729 — La venganza.

En Colección KANSAS:

657 — Mala hierba nunca muere.

En Colección BRAVO OESTE:

581 — Tres hombres van a morir.

En Colección PUNTO ROJO:

860 — Una ducha fría y un muerto caliente.

En Colección CALIFORNIA:

752 — La historia de Buby el Llorón.

En Colección ASES DEL OESTE:

1.018 — Cien balas en acecho.

En Colección COLORADO:

610 — ¡Lucha por tu vida, gringo!

En Colección HEROES DE LA PRADERA:

462 — Un caballero de Virginia.

En Colección BISONTE SERIE AZUL:

82 — La chica del rifle de oro.

En Colección BUFALO SERIE AZUL:

5 — Asesino Murray.

CAPÍTULO PRIMERO

El puño derecho de Red Kellog, «El Bombardero del Bronx» se estrelló contra mi cara.

Kellog tenía cuarenta años y hacía ya más de diez que había abandonado el cuadrilátero.

Ahora era uno de los matones de Charles Larkin.

Sus puños servían para eso.

Para machacar narices.

Para romper clavículas.

Para extraer dientes.

Y ahora quería bombardear a un servidor de ustedes, Bruce Frazer, de profesión investigador de porquerías, quiero decir detective privado.

Kellog tenía un ayudante, Zack Belzey.

No, Zack no había sido boxeador. Para eso se necesitan agallas y él nunca las había tenido. Se había dedicado a la mendicidad en grande, contratando a ancianos alcoholizados, a niños y a mujerzuelas para que implorasen la caridad pública por él. Les pegaba cuando no hacían su trabajo y, gracias a sus méritos, había llegado a ser matón de Charles Larkin.

Kellog y Belzey formaban una gran pareja.

«Pasen, damas y caballeros, y vean a los grandes tipos, Kellog y Belzey, cómo destrozan a un hombre».

Ese hombre era yo.

Había conseguido defenderme al principio.

Y logré conectar buenos puñetazos.

Pero Kellog y Belzey eran como dos apisonadoras. O como dos aviones a reacción cargados de napalm y de cohetes. O como dos excavadoras...

Yo no podía hacer más por mí mismo.

Cuando a uno le pegan varios puñetazos en las sienes, en la

frente, en el pecho y en el estómago, sólo desea una cosa. Morirse.

Pero yo no quería morirme.

No, no quería morir. Quería seguir viviendo porque me gustan los combates de revancha.

Sin embargo, tal como estaban las cosas, no iba a haber revancha.

Querían terminar conmigo allí, en aquel cuartucho de cuyo techo colgaba una lámpara con el cordón lleno de sucias moscas.

El último puñetazo me derribó en el suelo.

El retrasado mental de Kellog dijo:

—Qué buen golpe, ¿eh Zack?

—Sí, fue bueno pero todavía le falta mi izquierdazo en el mentón.

Conocía los efectos de aquel izquierdazo.

¿No les he dicho que también extraían dientes?

Si lograba salir de aquélla, tendría necesidad de la dentadura postiza.

Bebería sólo leche.

Y *whisky*.

¡Qué buen *whisky* tenía yo en mi casa!

¿Dónde estaba mi casa?

¿Dónde estaba mi *whisky*?

—Anda, Kellog, levántalo. Quiero pegarle mi izquierdazo en el mentón.

—Señor Frazer —dijo el Bombardero del Bronx—. ¿Lo levanto yo o se levanta usted?

—Lo haré yo si me dan un par de muletas —dije.

No tenían sentido del humor.

Ninguno de ellos rió.

Kellog vino hacia mí y me atrapó sin dificultad por las solapas de la chaqueta. Tiró y me levantó como un muñeco.

Así estaba yo de flojo, de acabado.

Listo para que me metiesen en la cama de un hospital.

Pero me iban a meter en el ataúd.

—¿Lo tienes así bien? —dijo Kellog.

—Está balanceándose, ¿es que no lo ves? —repuso Zack Belzey.

Kellog hizo un esfuerzo para mantenerme quieto.

—¿Listo, Zack?

—Sí, así me gusta.

Yo estaba tan deshecho que no podía levantar ni el brazo para defenderme.

Adiós, dientes parejos como el nácar.

Adiós, boca que tantos besos dieron a hermosas y atractivas mujeres.

En ese momento se abrió la puerta.

Zack frenó el impulso de su brazo y no me golpeó. Había aparecido el amo.

Charles Larkin, el bastardo, el piojoso, el canalla, el gusano...

—Hola, chico —me saludó.

Sonrió con su boca de rana.

Guiñó uno de sus ojos de reptil.

Se quitó el puro de la boca y me echó el humo en la cara.

Empecé a toser.

—¿Qué te pasa, Bruce? Es un buen habano. Deberías agradecerme que te eche el aroma.

—Eso es una porquería.

Me soltó dos bofetadas, y no caí porque Kellog me seguía sujetando.

—Bruce, lo que le pasa a ti es que te eres un tipo duro. Pero no eres ni la mitad de lo que tú piensas. Te lo están demostrando los muchachos.

Sus dos muchachos hicieron gestos afirmativos con la cabeza.

Zack le enseñó el puño derecho con los nudillos despellejados.

—Mire, jefe, me hice daño, ¿y sabe por qué? Porque tiene la cara de granito.

—Pues ya debería tenerla de arcilla.

—Falta poco, jefe. Pase un rato con la rubia Carol y entre después. Verá a Bruce Frazer convertido en un mequetrefe.

—Quiero hablar con él un poco —dijo Larkin—. Siéntalo en la silla, Red.

Kellog me llevó a empujones hasta una silla.

Me sentó.

Estuve a punto de caer, pero Kellog me sostuvo.

—Vamos, muchacho, un poco de ánimo. El jefe está hablando contigo y lo debes escuchar.

Hice un esfuerzo y solté un salivazo hacia Larkin.

Le acerté en la cara.

Buena puntería.

Charles Larkin soltó un ladrido.

Kellog me pegó un puñetazo en el pecho y me dejó sin respiración, ahogándome...

Larkin se limpió la cara con el pañuelo.

Hizo chasquear los dedos.

—Abre esa puerta, Kellog.

El Bombardero del Bronx le obedeció.

Y entonces entró mi cliente.

Era un negro.

Se llamaba Sammy Monroe y me había contratado para buscar a una hija suya, Martha, desaparecida de su casa dos días antes.

La pista me había llevado hasta Charles Larkin. Y entonces habían surgido las dos excavadoras, Red Kellog y Zack Belzey.

—Monroe —dijo Larkin—, aquí tiene a su investigador. Dígale lo que me ha dicho a mí.

Monroe me estaba observando perplejo.

—Señor Frazer —dijo—, siento mucho que haya encontrado dificultades.

—Negro —gritó Larkin—, no es eso lo que tenías que decir.

—No, señor.

—¡Pues dilo!

Monroe se humedeció los labios con la lengua. Estaba más asustado que yo.

—Señor Frazer, no quiero que siga investigando. Ya sé dónde está mi hija.

—¿Dónde?

—Se fue con una hermana mía.

—¿Adonde?

—A Carolina del Norte.

—¿A qué parte de Carolina del Norte?

Larkin intervino:

—¿Qué importa qué parte de Carolina del Norte? La chica se fue a Carolina del Norte con una tía suya y eso es lo que te debe importar... Sigue, Monroe.

—Estoy dispuesto a pagarle los gastos y sus honorarios, señor Frazer. Le di cincuenta dólares de adelanto y ha estado trabajando

durante dos días.

—No tienes que pagarme nada, Monroe.

—Pero usted ha hecho un trabajo.

—He hecho algo más que trabajar. ¿No lo ves? Me dejé pegar como a un muñeco de feria...

Larkin medió otra vez:

—Bruce, ¿das por cancelada la cuenta del señor Monroe?

—Sí, Larkin.

—Ya lo ha oído, señor Monroe. Con los cincuenta dólares que le adelantó el sabueso, ya tuvo bastante. Eso le debe demostrar que yo me preocupo de mis amigos —hizo una pausa—. ¿Verdad que eres mi amigo, Monroe?

—Sí, señor, soy su amigo.

—Ahora lárgate.

—Sí, señor. Ya me voy.

Sammv Monroe tartamudeó, pero no llegó a pronunciar palabra alguna y salió de la habitación.

Cuando la puerta se hubo cerrado tras de mi cliente, Larkin rió.

—Lo malo que tienen los fulanos como tú. Bruce, es que se creen los dueños del mundo... Debería convertirte en picadillo. ¿Lo oyes, Bruce? Yo no tengo nada que ver con la desaparición de Martha. Ya lo oíste. Viniste a un mal sitio. Mis muchachos se han molestado porque quisiste complicarme en algo demasiado puerco. Pero ya terminamos. Ahora los chicos te van a llevar a dónde debes estar.

No tenía nada que decir.

Pero sólo de momento.

—Lleváoslo —dijo Larkin.

Salió de la habitación.

Me cogieron entre Kellog y Belzey y me sacaron por la puerta trasera del cubil.

Poco después estábamos viajando en un coche.

Yo estaba al lado de Kellog, en el asiento trasero, y Zack Belzey conducía.

Me llevaron a un solar.

Era un vertedero.

Me sacaron a trompicones del coche, ante una montaña de basura.

—Hasta la vista —dijo el Bombardero del Bronx.

—Eh, Kellog —dijo Zack—, todavía no le pegué mi izquierdazo.

—Oh, sí, perdona.

Habían pasado unos minutos y me encontraba un poco mejor.
Pero sólo un poco.

Metí mi puño derecho en el estómago de Kellog.

Y se demostró que yo era un iluso.

No tenía fuerzas ni para pegar a un niño de ocho años.

Kellog no tenía ocho años y apenas lo moví del sitio.

Me zarandeó como un pelele.

—¡Pégale ya, Zack!

Belzey me pegó.

Con su izquierda.

En el mentón.

Fui a parar al montón de desperdicios.

Era de noche, pero, si hubiese sido de día, habría sido lo mismo.

A mi alrededor sólo vi una mancha de tinta.

Oí risas.

Eran Kellog y Belzey que celebraban su gran éxito.

«Pasen, damas y caballeros, y vean a la gran pareja realizando su mejor número».

Oí el chirrido de los neumáticos.

El coche se alejaba.

Y yo seguía en el montón de basura.

Al cabo de un par de siglos, logré rodar por los desperdicios.

Olía a demonios.

La sangre me goteaba de la boca.

Salí tambaleándome del solar.

Un muchacho negro me miró y echó a correr como si hubiese visto a Drácula, al Hombre Lobo, o al monstruo de Frankenstein.

Entré en una cantina.

Allí sólo había negros.

Todos estaban hablando, pero guardaron silencio mientras yo me dirigía tambaleante hacia el mostrador que atendía un negro viejo con cabello blanco.

—Un *whisky*.

Me sirvió el *whisky*.

Bebí un pequeño trago y el resto me lo arrojé sobre la cara.

Las heridas me escocieron como mil diablos agujereándome las

mejillas, la frente...

Pagué veinticinco centavos por el *whisky*, aunque el negro viejo sólo me pidió diez.

Luego salí de allí, tomé un taxi y le dije al conductor que me llevase a mi apartamento.

Me metí bajo la ducha.

Agua caliente para un moribundo.

Agua fría para un despojo humano.

Metí la ropa en una bolsa de plástico y la destiné al cubo de desperdicios.

Me curé el estómago con *whisky* y me tendí en la cama.

Sonó el teléfono y lo dejé sonar un rato.

Al fin alargué un brazo que pesaba dos toneladas.

—¿Sí?

—Querido, soy Margot.

Margot era una modelo que trabajaba en una importante casa de alta costura de la Quinta Avenida.

Un encanto de mujer.

Con una cara preciosa.

—Invítame a cenar, Bruce.

—No puedo.

—Si no tienes dinero, yo te invito, querido.

—Sigo sin poder.

—¿Qué te pasa, Bruce? ¿Te apartaste de las mujeres?

—No, no fue eso. Seguí siendo mi *hobby*, pero hoy tengo que ir a casa de la abuelita. Me está haciendo un chaleco de ganchillo y quiere probármelo. Hasta pronto.

Colgué antes de que me prometiese el mejor chaleco de ganchillo.

Me dormí.

Soñé con matones.

Con gusanos como Larkin.

Con negros aterrorizados.

Con chicas desaparecidas.

Desperté.

Eran las nueve de la mañana.

Y tomé otra ducha.

Agua fría para un resucitado.

Me dolía el cuerpo.

Pero mi cara ofrecía mejor aspecto.

Podía decir que venía de la guerra del Vietnam.

Me preparé un succulento plato de huevos, tocino, jamón.

Y jugo de tomate, mucho jugo de tomate.

Y leche, la mejor leche para el nene.

Elegí cuidadosamente mi indumentaria. Ropa interior de calidad, camisa blanca, impecable, y un traje azul, todo combinado con una pistola «Luger» repleta de balas, bajo la axila izquierda.

Luego salí del apartamento silbando una canción guerrera, una de las que aprendí en el Ejército.

Sabía adonde encontrar a Red Kellog y a Zack Belzey.

A aquellas horas su patrón dormía.

Pero ellos eran madrugadores y, mientras almorzaban, se dedicaban a jugar una partida de billar en el local de Bronco Stewart, otro exboxeador.

Cuando entré allí, Bronco me saludó:

—Hola, Bruce, ¿peleaste con la suegra?

Bronco estaba un poco sonado y repetía ese chiste desde los últimos veinte años.

Pero le sonreí, porque yo era un chico muy educado y aquella mañana veía la vida en rosa.

—¿Están ahí Kellog y Belzey?

—Sí, jugando su partida de billar.

—Gracias. Tengo un encargo para ellos.

Algunos vagos jugaban al billar, pero me dirigí al fondo y entré en una habitación en donde había una mesa para clientes distinguidos.

En aquel momento, Kellog hizo una carambola, y soltó una risita.

Yo también me reí.

Estaban en mangas de camisa y sus pistolas colgaban del perchero.

Naturalmente, me puse al lado del perchero y saqué mí «Luger».

—Buenos días —dije.

Se quedaron de muestra.

CAPÍTULO II

—Hola, Bruce —dijo Kellog.

—¿Cómo estás, muchacho? —dijo Belzey.

Los dos sonreían como dos buenos amigos y también les sonreí.

—¿Juegas una partida? —dijo Kellog.

—A eso vine —contesté.

Los dos miraron mi pistola.

—Eh, muchacho, no estarás enfadado... —Gruñó Kellog.

—¿Por qué iba a estarlo? Sois un par de buenos compañeros.

Kellog vino hacia mí.

—¿Sabes lo que le estaba diciendo a Belzey? Que sentía mucho haberte pegado. ¿Verdad, Belzey?

Me atacó con el taco.

De haberme quedado en el mismo sitio, me lo habría sacado por la espalda.

El taco chocó contra la pared y se partió.

La cara de Kellog quedó muy cerca.

Le pegué con el cañón de la «Luger» en el pómulo.

Soltó un chillido.

Mi pistola se había ido hacia abajo y la subí hacia arriba.

El cañón de la pistola golpeó contra la mandíbula de Kellog.

Se derrumbó contra los cuartos traseros pegando chillidos como una rata hambrienta.

Belzey echó a correr hacia la puerta.

—¡Quieto, Belzey, o te dejo cojo para toda la vida!

Se quedó quieto y vi que se estremecía como un flan.

—Eh, Bruce, nosotros seguíamos órdenes —rezongó—. Tienes que comprenderlo. Somos dos empleados.

—Sí, vosotros sois un par de empleados modelos, y cualquier día os van a dar la medalla del trabajo.

—Tengo dinero, mucho dinero...

Se metió la mano en el bolsillo y sacó una bola de billetes. Vino hacia mí.

—Toma, Bruce, es tuyo.

Conocía sus tretas.

Pero lo dejé llegar a mi lado.

Y ocurrió tal como esperaba.

Me lanzó el otro puño, el izquierdo.

Ya me habían pegado bastante y no estaba dispuesto a soportar un nuevo golpe.

Me agaché dejando pasar su brazo sobre el hombro, y otra vez el cañón hizo de las suyas.

Chocó contra las narices de Belzey.

Sonó un crujido y también Zack se puso a gritar.

Me pareció oír una sinfonía de Beethoven.

O a los niños cantores de Viena.

—Muchachos, silencio —dije, como Von Karajan.

Y me obedecieron.

—¿Dónde está Martha Monroe? —pregunté.

Ninguno de ellos contestó.

Kellog se lanzó sobre mí.

Era así de ingenuo.

Le pegué un rodillazo en la cara y cayó hecho una bola pegando más chillidos.

—¡He dicho que a callar!

Se puso a gemir por lo bajo.

Belzey quedó sentado en el suelo.

—No sabemos nada de Martha Monroe.

—Qué mala memoria —dije, y le solté una bofetada con la mano libre.

Se fue contra la pared dando vueltas, porque había puesto toda mi furia en la zurda.

—Belzey, estáis a punto de agotar mi paciencia y entonces pueden ocurrir cosas peores para vosotros dos... Mi pista fue buena. Me dijeron que vieron entrar a Martha Monroe en el Club 27 de Charles Larkin. Nadie la ha vuelto a ver.

—Fue allí, pero se marchó.

—No me gusta. ¿Por qué tenía que ir allí?

—Y yo qué sé.

—Pues debes saberlo. Tienes cinco segundos para darme una respuesta satisfactoria, Belzey.

—¡No sé nada!

—Te quedan tres segundos.

—¡Larkin se la llevó!

—¿Adónde?

—Eso sí que no lo sé.

—¿Adonde? —Arqueé el dedo en el gatillo.

—Quizá a su casa de Ocean Side.

—¿A qué otro sitio pudo llevársela?

—Creo que a ninguna parte. Sólo a su casa de Ocean Side.

—Lo cual quiere decir que se la llevó a su casa de Ocean Side.

—Es posible.

—Estás mal de la memoria, Belzey, pero te voy a curar.

Hice un movimiento significativo con la pistola.

Belzey chilló aterrado.

—Fue allí. Se la llevó a esa casa. Seguro.

—¿Lo visteis vosotros?

—Sí, pero te falta saber algo, Bruce... Ella fue voluntariamente.

Le gustaba Larkin.

—Eso no me lo harás creer ni aunque me lo dijese moribundo. Y estás a punto de morirte.

—Espera, Bruce... Larkin la engañó... Prometió a la chica que la lanzaría en uno de sus clubs nocturnos. Y también le daría un buen representante. Entonces ella consintió ir con él a su casa de Ocean Side.

—¿Y dónde está Martha ahora?

—Estaba en Ocean Side ayer, pero el patrón se había cansado de la negrita.

—¿Y qué iba a hacer con ella?

—Nada.

—No me gusta la respuesta.

—Palabra que no le iba a hacer nada. La iba a apartar de su lado como ha apartado a otras, haciéndole un regalo.

Había un teléfono en la pared.

—Muchachos —dije—, voy a marcar un número. Quiero que los dos os quedéis quietos, como estáis. El que intente levantarse se va a ganar un obús.

Se quedaron quietos.

Marqué el número de Monroe y descolgaron en seguida.

—Señor Monroe, soy Bruce Frazer.

—Buenos días, señor Frazer —dijo mi cliente.

—¿Ha regresado Martha?

—No, señor. Pero usted está retirado del caso. Recuerde lo que le dije.

—Sé por qué lo dijo. Lo amenazaron y me estaban pegando una paliza.

—No quiero que le pase nada malo, señor Frazer.

—Es a ellos a quienes les va a pasar. Ahora yo dirijo el baile... Gracias, señor Monroe. Eso era todo.

Colgué antes de que Monroe pidiese de nuevo que me retirase.

Los dos chicos habían sido obedientes.

—Bien, muchachos. Martha continúa sin aparecer. Y eso es muy malo para vosotros.

Kellog chilló:

—¡No tenemos nada que ver! ¡Es cuestión de Larkin!

—¿Y quién es Larkin? Yo lo diré. Vuestro patrón.

—No conocemos todos sus negocios.

—Pero conocéis lo de Martha. Vais a venir conmigo.

—¿Adonde?

—A Ocean Side.

—No podemos —dijo Kellog.

Le apunté a la cara con la pistola.

—Iremos.

—Eso creía. En pie.

Se pusieron en pie y Belzey caminó hacia el perchero.

—¿Crees que soy imbécil, Belzey? Las pistolas se quedan aquí.

—No las podemos dejar.

—He dicho que se quedan. Poneos la chaqueta. Primero tú, Belzey, y luego Kellog... Vamos, en marcha.

Ninguno de los dos intentó nada.

Todo estaba en orden.

Salimos del reservado. Les indiqué la parte trasera. No quería ver de nuevo a Bronco Stewart. Además, yo sabía que tenían allí su coche.

Era un «Chevv» modelo de aquel año, brillante, estupendo.

—Tú conducirás, Belzey —dije—. Kellog y yo iremos en el asiento trasero. Conozco el camino a Ocean Side y sé dónde está la casa de Larkin. De modo que si te diriges por un camino equivocado, te lo voy a hacer sentir.

Era cierto que yo sabía por dónde se iba a Ocean Side, pero ignoraba dónde se ubicaba la casa de Larkin.

Empezamos a viajar.

Kellog carraspeó.

—¿Por qué no nos dejas hablar con Larkin?

—¿Para qué?

—Para decirle que te entregue a Martha si ella está todavía allí.

—No te preocupes. Ya me encargaré de eso. No me gusta que me hagan favores cuando no los necesito.

El coche entró por un portón que estaba abierto.

El jardín era grande, hermoso, con una piscina.

Charles Larkin sabía vivir bien.

Era un pez gordo.

Y yo era un pobrecito pescador con una caña muy corta.

Pero también con las cañas cortas se pescan piezas de gran calibre.

Belzey llevó el vehículo hacia la cochera. La puerta estaba abierta y vi dos automóviles, un «Cadillac» y un pequeño convertible.

Empezamos a bajar.

Entonces sonó un disparo en la casa.

Eché a correr hacia allí sin preocuparme de Kellog y Belzey porque ellos no tenían armas.

La puerta estaba entreabierta y me colé en el interior.

Había un gran vestíbulo.

Nadie a la vista.

Algo golpeó contra el suelo, en una habitación, a la derecha.

Entre allí.

Charles Larkin estaba en el suelo, tendido boca arriba.

Tenía un agujero de bala en el pecho.

Ya no respiraba.

Vi sangre en el sillón de al lado.

A Charles Larkin le habían pegado el tiro mientras estaba sentado y luego se venció derrumbándose en el suelo.

CAPÍTULO III

—¡Martha! —grité.

Nadie me contestó.

Salí de la habitación donde Charles Larkin había sido muerto.

—¡Martha! —gritó en el vestíbulo.

Subí por una escalera semicircular y penetré sucesivamente en tres habitaciones.

Nadie había en ellas.

Bajé más veloz que había subido.

Aparentemente, en la casa sólo se encontraba Larkin y el asesino.

Salí al exterior.

Sonó un zambombazo, una bala vino en mi busca.

Me arrojé al suelo.

Estaban disparando desde la cochera.

Los dos bastardos habían encontrado armas.

—¡Kellog! —grité.

—¡Ya te atrapamos! —me contestó.

—Muchachos, hemos de firmar la paz. Vuestro patrón ha sido asesinado.

—Cuéntaselo a tu tía.

—Os juro que es cierto.

—¿Quién lo mató?

—No lo sé.

—¿Dónde está la chica?

—No la he encontrado. Sólo quiero largarme... Haré un trato con vosotros. Apartaos de la cochera y me iré en uno de los autos.

Entonces, me dispararon por la espalda.

La bala pegó un chasquido al clavarse entre mis zapatos.

Me volví a tiempo de ver a Belzey correr hacia mí.

Apreté el gatillo tres veces porque él también estaba disparando.

Belzey pegó una gran voltereta en el aire y cayó como una rana. Ninguno de sus plomos me había alcanzado debido a su prisa, pero yo lo había alcanzado al menos con un par de balas.

Belzey no se movía. Allí estaba panza abajo.

Volví la mirada al frente.

—¡Kellog! ¡Tu amigo se ha ido al infierno!

—¡Maldito, ya lo he visto!

—¿Hay trato o quieres acompañarle?

—De acuerdo.

—Quiero ver cómo te alejas hacia la piscina.

—Me tumbará, Bruce.

—Juro que no.

—No me sirve.

Lo haremos de otra forma, Kellog... Aléjate hacia el arbolado y estarás a cubierto.

—De acuerdo.

Le vi aparecer un momento y en seguida se escondió entre los árboles.

Yo eché a correr.

Me interesaba el «Chevy» en que habíamos viajado hasta allí. Corría rápido y tenía gasolina.

Cuando entraba en el coche, Kellog me hizo dos disparos.

Así era de bastardo. El Bombardero del Bronx.

Le mandé dos balas como respuesta para mantenerlo en su escondite.

Luego puse el coche en marcha y lo dirigí hacia el portón.

Kellog soltó otros dos zambombazos.

Los plomos golpearon contra la carrocería.

Salí de allí sin más novedad.

Una hora más tarde estacionaba el coche cerca de la calle de mi cliente negro, Sammy Monroe, en la calle 132.

Tenía una tienda de confecciones.

Penetré allí con la mano sobre el sombrero para no mostrar la cara.

Sammy estaba detrás del mostrador atendiendo a un cliente y me vio.

Le hice una señal y seguí hacia adentro.

Abrí una puerta y me encontré con una habitación, con una

mesa, unas sillas y un aparato de TV que estaba en marcha. Daban un programa de variedades.

Sammy apareció en seguida.

—¡Señor Frazer...! Martha regresó.

—¿Dónde está?

Martha entró en la estancia.

Era una negra muy bonita, con grandes ojos, dientes muy blancos y un cuerpo estilizado.

—¿Cuándo llegaste aquí, Martha? —pregunté.

—Hace unos diez minutos.

—¿Estabas en casa de Larkin cuando lo mataron?

—¡Dios mío! ¿Lo mataron?

—Sí, eso dije.

—¡Claro que no estaba allí! El señor Larkin me había dejado marchar...

—¿Cuándo?

—Hace una hora y media aproximadamente.

—¿Por qué fuiste allí?

—El señor Larkin me engañó. Dijo que me iba a ayudar en mi carrera como cantante, pero sólo quería jugar conmigo...

—¿Pasaste allí estos dos días?

—Sí.

—¿Permaneciste en su casa voluntariamente?

—A las veinticuatro horas me di cuenta de que Larkin nunca haría nada por mí y quise marcharme, pero él no me dejó.

—¿Usó la fuerza para retenerte?

—Me pegó una bofetada y decidí obedecerle.

—¿Quién había en la casa?

—Vi a Larkin y a esos dos matones que lo acompañan.

—¿Nadie más?

—No, señor.

—¿Ningún criado?

—No.

—De modo que el señor Larkin te retuvo durante dos días y luego te dijo sencillamente: «Lárgate».

—Me quiso hacer un regalo, pero yo lo rechacé.

—¿Qué clase de regalo?

—Cien dólares. Dijo que no había tenido tiempo para comprar

nada y que yo misma podía comprar lo que más me gustase.

En aquel momento se interrumpió la emisión de variedades en la TV.

Apareció un locutor. Dan Harker, que daba noticias locales.

Dijo que el senador Eugene McCarthy continuaba su carrera triunfal hacia la presidencia.

—Martha, tienes qué ayudarme.

—¿Por qué, señor Frazer?

—Porque me van a endosar el crimen.

—¿El de Larkin?

—Sí. Yo sólo maté a ese matón de Zack Belzey. Tuve que disparar contra él porque estaba disparando contra mí. Busqué en la casa al asesino de Larkin, pero no encontré a nadie. Si fuiste tú la que disparaste sobre Charles, has de confesarlo.

—Ya le he dicho que no fui yo. Cuando salí de la casa, Larkin todavía estaba vivo.

En la pantalla que enmarcaba al locutor Dan Harker, apareció una mano con un papel. Dan consultó éste y alzó los ojos.

—Señores, ustedes han visto que me acaban de pasar una noticia. Es importante... Charles Larkin, dueño de una cadena de bares y de dos clubs nocturnos, ha sido muerto violentamente... Una bala le atravesó el pecho. La bala fue disparada por una «Luger» que manejaba un investigador privado, Bruce Frazer... También este investigador mató a otro hombre, a un empleado de Larkin, Zack Belzey... El escenario del crimen ha sido la casa que Charles Larkin poseía en Ocean Side... La policía confía en detener a Bruce Frazer en breve plazo. Seguiremos dando noticias de este interesantísimo caso enguanto lleguen a nuestro poder... Volviendo al senador Kennedy y a sus posibilidades frente a McCarthy...

Sammv apagó el televisor.

—Bien, ya le hemos oído —dije—. Y acerté, Martha. Me he convertido en un asesino.

—Pero no lo es.

—Tengo que probarlo.

—Mi padre dirá que lo contrató a usted.

—No servirá para nada. No se puede matar a nadie bajo contrato. Liquidé a Zack Belzey en legítima defensa. Ésa será mi historia, y Kellog dirá otra cosa... Que yo entré en la casa, liquidé a

Larkin y que ellos trataron de impedirlo. Precisamente Larkin los tenía para que lo defendiesen. Eran dos guardaespaldas profesionales... Y hay otra cosa en contra. Los saqué a la fuerza de un salón de billar, el de Bronco Stewart; Bronco me vio entrar y yo le pregunté por Kellog y Belzey... La Brigada de Homicidios nunca se habrá encontrado con un caso tan claro... Ni tampoco el fiscal del distrito... Tal como están las cosas, nadie va a levantar un dedo por mí. ¿Lo entendieron bien?

Sammy Monroe hizo un gesto afirmativo con la cabeza.

—Yo soy el culpable, señor Frazer.

—No, no eres el culpable. Desapareció tu hija y me contrataste para encontrarla.

Martha estaba muy seria, mirándome con sus grandes ojos.

—Usted cree que soy la causante de que sea requerido por la justicia.

—No, Martha, te equivocas. No me quejo. Elegí una profesión, la de investigador privado, y sé los riesgos que debo correr para llevar adelante un caso. Pero con estas aclaraciones no ganamos nada. Soy un hombre que hace lo posible por mantener los pies sobre la tierra, por ser realista, y esta vez la realidad está muy fea para mí. Sólo tengo un camino para probar mi inocencia, capturar al culpable, a la persona que mató a Charles Larkin... Es por lo que necesito tu ayuda, Martha. Ahora que hice el resumen del caso, tú tienes la palabra.

Martha se mojó los labios.

—No sé quién pudo matar a Larkin, pero recuerdo una conversación.

—¿Qué conversación?

—Una que sostuvo Larkin por teléfono.

—¿Con quién?

—Con un tal Farrell.

—Háblame de ese diálogo telefónico.

—Ocurrió anoche sobre las diez. Charles y yo habíamos cenado. Sonó el teléfono y Larkin lo alcanzó. Oí que decía: «Hola, Farrell, el precio no ha cambiado. Son cien mil dólares y los quiero mañana. Ya lo sabe, Farrell. Cien mil dólares o informaré a la policía acerca de lo que vais a hacer».

—¿Estás segura de que Larkin dijo todo eso por el teléfono?

—Sí, poco más o menos.

—¿Qué más dijo Larkin?

—Después de escuchar un rato por el receptor sonrió y dijo: «Sabía que nos entenderíamos, Farrell. Cien mil dólares mañana en billetes pequeños. Te espero aquí, en mi casa de Ocean Side, a las diez». Luego Larkin colgó.

—¿Eso fue todo?

—Sí.

—Trata de recordar si dijo algo más.

—No, no dijo nada más. Estoy segura.

—¿No había nadie con vosotros?

—No.

—¿A qué hora saliste de casa de Larkin esta mañana?

—Consulté el reloj. Eran las nueve.

—¿Cómo llegaste a la ciudad?

—Salí de la casa y me dirigí a una parada de autobús que hay a un cuarto de milla.

—¿Te vio alguien?

—Sí, claro, el cobrador del autobús. Me requebró. Era un joven alto, de mi raza...

—¿Hablaste con algún viajero?

—No.

Me puse en pie.

—Gracias por todo.

Sammy inquirió preocupado:

—¿Qué va a pasar con usted, señor Frazer?

—Descuida. Sé defenderme.

—Pero la policía lo detendrá.

—Haré todo lo posible para que no ocurra eso.

—¿Y si llegan a detenerlo?

—Son gajes del oficio.

—¿Necesita dinero, señor Frazer?

—No. Tengo dinero.

—¿Y si se marchase del país? Tengo un amigo que le podrá facilitar la salida.

—No, Sammy.

—Como usted quiera, señor Frazer, pero me tiene a su disposición. Usted se metió en este asunto por defender mis

intereses y quiero respaldarlo.

—Gracias por tus buenos deseos.

Hice un saludo con la mano y abandoné la casa de Sammy Monroe.

No, no me interesaba seguir con el «Chevy». La policía tendría la descripción del vehículo.

Eché a andar por la calle.

Era primavera.

La maravillosa primavera de 1968. Abril.

CAPÍTULO IV

Pulsé el timbre de una puerta.

Se abrió un poco y en el hueco apareció la cabeza del viejo Cliff Biggle.

Intentó cerrar muy aprisa pero se lo impedí metiendo el pie por la ranura.

Luego cargué con el hombro.

Cliff Biggle retrocedió tambaleándose.

—Eh, Bruce, no quiero nada contigo.

—Soy un apestado, ¿eh?

—Si fuera eso, ahora mismo te metería en la cama y te atendería como un matasanos. Pero eres algo peor.

—Un fugitivo.

—Sí, Bruce. Y yo no tengo la culpa... Es cuestión de la «poli».

—Están equivocados.

—Estupendo —sonrió el viejo—. Díselo a ellos.

—Tú se lo dijiste en cierta ocasión y no te sirvió. Recurriste a un amigo para demostrarles que estaban equivocados. Yo te diré el nombre de ese amigo. Bruce Frazer.

Arrugó la nariz y el entrecejo. Luego se pellizcó una oreja.

—Bruce, soy un desagradecido.

—Sí, lo eres.

—Pero tengo miedo a la «poli». Recuerda lo que me dijeron. Si me paso de la raya, me encerrarán por muchos años. ¿Por qué viniste a mi casa? Vete a otro sitio.

—No vine en busca de refugio, Cliff.

—¿Qué quieres? ¿Dinero?

—No. Informes.

—¿Informes de qué?

—Charles Larkin estaba chantajeando un tal Farrell. Quiero saber algo de eso.

—Eh, Bruce, ¿desde cuándo hablas en japonés?

—Estoy hablando en nuestro idioma.

—Para mí es japonés. Apenas tenía relaciones con Larkin, ni tampoco con ese tipo llamado Farrell, quienquiera que sea.

—Farrell iba a pagar cien mil dólares a Larkin esta mañana.

—¿Por qué?

—Ya te lo he dicho. Era el precio de un chantaje.

—¿Y por qué iba a pagar Farrell cien mil dólares a Larkin?

—Para que Larkin no informase a la policía de lo que Farrell iba a hacer. Y no preguntes qué iba a hacer porque yo tampoco lo sé y es lo que busco...

—Bruce, haremos una cosa.

—Habla.

—Haré como que no has venido. ¿De acuerdo, muchacho? No diré nada a la policía. Palabra.

—Cliff, eres uno de los pocos hombres en Nueva York que puede identificar a ese Farrell.

—¿Y cómo?

—Tienes amigos.

—Mis amigos se murieron casi todos. O están en la cárcel.

—Todavía te quedan algunos que están sueltos.

Saqué veinte dólares del bolsillo y los arrojé sobre la mesa.

—Hay otros veinte para más tarde, Cliff.

Cogió el dinero y eso quería decir que le hacía falta.

—Bruce, me estás poniendo en un compromiso.

—Saldrás de él. Yo no te he visto. No hemos hablado. Sabes que mantengo mi palabra. Si me atrapan, tú y yo no estamos en contacto desde hace mucho tiempo.

—Está bien. Haré lo que pueda.

—Ya sabes la clase de tipo que era Larkin. De modo que Farrell debe ser alguien parecido...

—¿Dónde te veré? Y no me digas que te vas a quedar aquí hasta que vuelva.

—No estaré aquí. Estaré dando vueltas. Te llamaré dentro de un par de horas a la cantina de Joe.

—Un par de horas es muy poco tiempo.

—Un par de horas —dije abriendo la puerta—. Ni un minuto más.

Salí antes de que replicase.

Compré un diario y me fui a Central Park.

Leí las cosas que pasaban en el mundo.

Era lo mismo de siempre. Seguía la lucha en el Vietnam. Los políticos seguían discursando. Los occidentales ponían verdes a los comunistas. Los comunistas ponían verdes a los occidentales.

Una pelota golpeó contra mi pierna.

Y un policía se agachó y cogió la pelota.

—Disculpe —sonrió.

—De nada.

Entregó amablemente la pelota a un niño de siete años.

El cielo era azul.

Un vagabundo se acercó y me pidió diez centavos.

Le di medio dólar.

La caridad es maravillosa.

Un muchacho con melenas se sentó a mi lado. Sacó un cuaderno de blancas páginas y un lápiz, y se puso a dibujar.

Encendí un cigarrillo y, cuando lo llevaba por la mitad, miré lo que el melenudo estaba dibujando.

Una chica en bikini.

La juventud estaba al día.

Se fue el aprendiz de Miguel Ángel y llegó una anciana de cabello blanco.

—Buenos días, caballero.

—Buenos días, señora —le contesté con mucha educación.

—Éste es el único lugar de paz en Nueva York.

No dije nada porque no tenía nada que decir.

—¿Se ha enterado de eso? —siguió diciendo—. Un individuo mató a dos hombres a tiros en una casa de Ocean Side. No sé por qué dejan sueltos a esa clase de asesinos...

¿Qué cara habría puesto si yo le hubiese dicho: *«Señora, el supuesto asesino de esos dos hombres soy yo, Bruce Frazer, de veintisiete años de edad, nacido en Brooklyn»?*

Le hice un saludo y me marché.

Me metí en un cine y vi una película francesa. Un vodevil. Tenía gracia.

Ya habían transcurrido las dos horas que le concedí a Cliff Biggle.

Pero en lugar de llamar por teléfono me fui a la cantina de Joe. Eso lo había previsto desde el principio. Le había dicho a Cliff que lo llamaría para no asustarlo.

La cantina de Joe era un antro lleno de humo, de mujerzuelas y de exmarinos alcoholizados.

Una rubia se colgó de mi cuello.

Me la quité de encima.

Otra se colgó de mi brazo y le tuve que dar medio dólar para que fuese al mostrador.

Cliff estaba cerca del teléfono y agrandó los ojos.

—Bruce esto no fue lo pactado.

—Calla. Aquí no hay ningún policía.

—Pero pueden aparecer en cualquier momento.

—No vienen a la cantina de Joe hasta que se arma el jaleo.

—Llegué hace quince minutos y todavía no hay nadie.

Lo empujé hacia una mesa que estaba vacía, en un rincón y nos sentamos.

—Habla, Cliff. Y si te das prisa, podré alejarme de ti mucho antes.

Se pasó un pañuelo por la cara porque estaba sudando.

—Paul Farrell es el presidente de una Compañía Naviera.

—Eh, ¿cómo sabes que ese Paul Farrell es el que estaba en relación con Larkin?

—He tenido un confidente.

—¿Quién?

—Jack Swett.

—¿Quién es Jack Swett?

—Un antiguo compañero de la fresquera. Estuvimos mucho tiempo juntos en una celda. Era marino. Swett fue en busca de trabajo a la oficina de Farrell. El muchacho asegura que Farrell le debe favores. Swett conocía a Charles Larkin... Swett sufrió una condena por contrabandear heroína, y Farrell se negó a admitirlo. Pero lo gracioso del caso es que Swett no ha hecho otra cosa que vender heroína... Pero Swett se tuvo que marchar de allí. Sintió deseos de acuchillar a Farrell y se quedó a merodear. Entonces ocurrió lo gracioso... Al cabo de una hora vio a Larkin que llegaba en un automóvil... Bueno, todo esto que estoy contando ocurrió ante las oficinas de Farrell. ¿Las conoces, Bruce?

—No.

—Están en el muelle 14.

—Continúa con la historia de Swett.

—Larkin no bajó del automóvil. Se quedó dentro y, poco después, Farrell salió de la oficina y entró en el auto de Larkin. Swett los vio hablar, aunque no sabe de qué. Sin embargo, vio salir a Farrell y Swett asegura que estaba pálido como un muerto...

—¿Algo más?

—No. Ya terminé.

—No me basta.

—Claro que te debe bastar. Dijiste que Larkin estaba chantajeando a un tal Farrell. No puede ser otro que Paul Farrell. Suelta los otros veinte dólares.

—Todavía no.

—¿Sabes a cuántas personas consulté, Bruce?

—Lo ignoro.

—A más de veinte. Farrell es un apellido bastante común. Me hablaron de un sastre, de un conservero, de un médico... Y a todos los fui rechazando porque no tenían la menor relación con Larkin. Hasta que llegué a Jack Swett.

No saqué los veinte dólares, sino cincuenta.

—Eh, ¿qué es esto, Bruce?

—Tu paga y algo más. Has hecho un buen trabajo.

El viejo Cliff sonrió.

—Gracias, Bruce. Sabía que no fallarías porque eres un tipo de los buenos.

Cogió los billetes, pero yo no los solté.

—Quiero ver a Swett, Cliff.

—No puedes.

—¿Por qué?

—Puso como condición que no te vería.

—¿Cuánto le pagaste?

—Mucho.

—¿Cuánto es mucho? ¿Un dólar? ¿Dos dólares?

—Le pagué diez machacantes.

—Muy bien. Estos cincuenta serán tuyos y a él le daré otros diez machacantes si habla un rato conmigo.

—Eso no es posible, Bruce —dijo mientras sus ojos miraban

hacia la cortina de canutillo de un reservado.

Di un tirón quedándome con el dinero y eché a andar hacia la cortina.

Cliff vino detrás.

—Eh, Bruce, ¿adónde vas?

Abrí la cortina.

Sentado ante una mesa había un hombre pequeñajo, de mejillas chupadas y ojos saltones.

—¿Jack Swett? —pregunté.

Me miró como si yo fuese el verdugo que fuese a sentarlo en la silla eléctrica.

Cliff se metió también en el reservado y dijo:

—Swett, no fue culpa mía.

A Swett le temblaban las manos.

—Oiga, señor Frazer, ya dije todo lo que sabía —gimió.

—Quiero saber algo más de Farrell.

—¿A qué se refiere?

—A su vida privada.

—Sólo sé que está casado, pero no tiene hijos. Bueno, tiene una sobrina. Por lo menos, él la llama así.

—Pero no es sobrina, ¿eh?

—No lo sé.

—¿Quién es ella?

—Jeanne Logan. Trabajaba en un club nocturno, pero ya se retiró.

—De modo que la retiró Farrell.

—Es posible.

—¿Y dónde vive la sobrinita?

—En una casa de la Novena.

—¿Cómo sabes tanto de ella?

—Verá, Farrell se portó muy mal conmigo... Lo conozco desde hace muchos años, veinte o veinticinco. Entonces Farrell no era nadie, sólo un marino como yo. Pero él subió mucho porque fue más listo... Fui a la cárcel por él. Sí, señor Frazer, yo pagué por él. Nos cogieron con un paquete de heroína. Yo no tenía abogado, pero Farrell tenía el suyo. El abogado de Farrell dijo que si yo me declaraba culpable me sacarían en tres meses. Y yo me tragué el anzuelo. Farrell salió libre y a mí me cargaron diez años... Ésa es la

clase de faena que me hizo Farrell. Me informé de sus andanzas. Quería pedirle dinero, pero si me fallaba lo mataría.

—¿Y le falló?

—Sólo me dio cincuenta dólares y me dijo que no me quería volver a ver en su oficina, que había terminado conmigo, que yo pertenecía a su pasado. ¿Se da cuenta? Pasé diez años de mi vida en la cárcel y, a cambio, recibí cincuenta dólares... Quería matarlo. Pero luego me faltó valor... Mire mis manos. No puedo hacer nada. Si empuñase una pistola, podría disparar todas las balas sobre Farrell y no acertarle ninguna... Renuncié a mi venganza... Ésa es la verdad, señor Frazer. No quiero líos con nadie... Me conformo. El mundo es de los listos y Farrell es uno de ellos.

—¿Qué hay de Larkin?

—Ya le conté a Cliff lo que pasó. Vi a Farrell entrar en el coche de Larkin. Estuvieron juntos quince minutos y Farrell salió. No sé una palabra de lo que dijeron. Cliff me dijo que asesinaron a Larkin y que Farrell estaba por medio.

Le pregunté por el número de la Novena Avenida en que se alojaba la sobrina y Swett me lo dijo.

Le entregué los diez dólares, y a Cliff lo que le había prometido.

Salí del reservado, justo cuando empezaba la pelea.

Un tipo llegó hasta mí dando volteretas.

Lo tuve que parar con el pie para que no me arrollase.

El que le había golpeado se me dirigió y dijo:

—Eh, ¿por qué se mete donde no le llaman?

Así son algunas personas.

Le pegué en la frente y lo mandé sin conocimiento al suelo.

Yo no quería líos y debía irme de allí cuanto antes.

Tenía una cita.

Con la sobrinita de Paul Farrell, aunque ella no lo supiese.

CAPÍTULO V

Pulsé el timbre de la puerta y en el interior sonó la orquesta sinfónica de Filadelfia.

Me abrió una rubita que era una monería.

Se cubría con una blusa roja, y pantalones negros.

Pero entre la blusa y los pantalones había como un palmo de piel morena.

Su cabello era rubio platino, los ojos verdes, el rostro muy bello.

Comía un helado de cucurucho.

Pegó un lengüetazo al helado y dijo:

—¿Qué quiere, grandullón?

—Pertenezco a la Lambert Company. Estoy haciendo un test.

—¿Y qué quieren conocer? ¿La preferencia por los helados? —
Miró el que tenía en la mano—. A mí me gustan los de vainilla.

—No, no son los helados el objeto de nuestra consulta popular...
La Lambert Company se interesa por la mujer americana. Son preguntas muy personales, ¿sabe?

Era una sugerencia para que me invitase a entrar.

Lo comprendió.

Era una chica lista.

Levantó la zarpita con la que no sujetaba el helado y dijo:

—Adelante. Pero todavía no ha dicho su nombre.

No podía decirle el mío porque quizá había escuchado la televisión y yo me estaba convirtiendo en dinamita.

—Matt Hunter —contesté.

Eché un vistazo al *living*. Era un primor.

—¿Quiere un helado, señor Hunter?

—No, gracias.

—¿Un *whisky*?

—Bueno.

—Sírvase usted mismo, ¿quiere?

Me indicó el mueble bar que se ubicaba en un rincón.

—Tengo muchas clases de *whisky* —dijo—. Puede elegir.

Farrell la surtía bien.

Me serví una ración del *whisky* que yo bebo, y al volverme, la vi sentada en el diván.

Había dejado las chinelas en el suelo y sus pies estaban desnudos.

Ahora tenía medio helado en la boca, chupándolo con fruición. Pero sus ojos me estaban examinando de pies a cabeza.

Me señaló con la mano un sillón.

Yo me senté y dije:

—¿Le gusta el matrimonio?

—Claro que sí, pero con un millonario —se echó a reír.

También reí yo.

—Ya veo que el dinero es muy importante para usted.

—¿Conoce a alguien para quien no sea importante, amiguito? El dinero lo es todo. No tienes nada y eres una desgraciada. ¿Tienes algo? Te respetan. ¿Tienes mucho? Ya has llegado a ser alguien importante.

—¿Aprendió eso por sí misma?

—Claro.

—¿De dónde es usted?

—De las montañas de Kentucky y no me avergüenzo por ello, señor Hunter. Póngalo así en los papeles.

—No es una vergüenza haber nacido en las montañas de Kentucky.

—Es un buen lugar. ¿Estuvo alguna vez allí?

—Sí.

—¿Quizá fue a Goldville?

—No, allí no estuve.

—Qué lástima. Fue donde me echaron al mundo. Pero antes habían llegado nueve hermanitos. Sí, señor Hunter, yo era el décimo de una familia muy pobre que estaba en la miseria... Y míreme ahora... ¿No es algo maravilloso? Estoy en la Novena Avenida, y nada menos que en Nueva York... Y fíjese qué apartamento tengo. Es de lujo... Puede saltar en el sillón, señor Hunter. Ande, salte, no sea miedoso. No se va a romper. Es de la mejor calidad...

Pegué unos botes en el sillón.

—¿Lo ve, señor Hunter? —rió—. Ni siquiera ha crujido.

—Sí, es bueno.

—Soy una muchacha afortunada. Puede felicitar me.

—La felicito muy efusivamente.

—Gracias... Demonios, el helado se me derritió... Qué cochinadita... Con permiso...

Desapareció en una habitación y oí el agua correr. Debía de ser el cuarto de baño.

Al poco reapareció.

—Y todo esto lo paga el señor Farrell —dijo.

—¿Y quién es el señor Farrell?

—Un hombre muy importante.

—¿Quiere decir que tiene mucho dinero?

—Claro que lo tiene. Puede inundarle a usted hasta el cuello, y hasta más arriba de la cabeza.

—¿Cuánto tiempo lleva con el señor Farrell?

—¿Necesita poner eso en los papeles?

—No. Sólo ha sido una curiosidad mía.

—Bueno, llevo dos semanas con él. No es mi tipo, ¿sabe?, pero los tiempos no están para elegir. Se lo digo yo... Me engañaron, señor Hunter.

—¿El señor Farrell?

—No, el señor Farrell todavía no me ha engañado. Fue uno de esos agentes artísticos, Tod Lynch. Me dijo que yo era la actriz del futuro. Ya sabe, Broadway, Hollywood y todo eso... ¿Y sabe adónde fui a parar? A un club nocturno...

—Muchas actrices han empezado en un club nocturno.

—Sí, pero aquel club no me gustaba nada. Tod Lynch quiso convencerme. Se puso de rodillas y hasta lloró hablándome del pan de sus hijos. ¿Y sabe lo que le contesté yo, señor Hunter?

—¿Qué cosa?

—Que el sirip-tease lo iba a hacer su abuela... Hay cosas que no son decentes, señor Hunter.

—Tiene razón.

—¿De veras cree que tengo razón?

—Seguro.

—¿Pregunta también eso? Me refiero a que si lo pregunta a las

mujeres, claro. Yo sé lo que usted hace. Es una encuesta, pero usted lo dijo de otra forma.

—Test, pero la palabra encuesta sirve. Ha estado usted muy acertada.

—Es que me estoy educando, ¿sabe?

—¿Educando?

—Leo mucho. Fíjese.

La joven saltó del diván y corrió descalza por la gruesa alfombra hasta un mueble biblioteca con dos estanterías repletas de volúmenes con tapas rojas.

—Farrell los compró especialmente para mí y también la encuadernación es especial. ¿Lo ve? Hay una J y una L. Son mis iniciales. Están en oro. Jeanne Logan. ¿No es bonito?

—Desde luego que lo es.

—Aquí hay de todo. Geografía, Historia... ¿Sabe quién era Josefina? No ésa es una pregunta difícil. Se la cambiaré... ¿Sabe quién fue Cleopatra? Diablos. Ésa es demasiado fácil. Usted debe de haber visto la película... —sonrió—. Bueno, ahora recuerdo que es usted quien tiene que hacer las preguntas, señor Hunter.

Era una criatura contradictoria, pero deliciosa.

Dicen que todos los pillos tienen suerte y aquel Farrell había encontrado a una muchacha en estado de inocencia, y aquel lobo llamado Tod Lynch la había querido corromper...

—¿Cómo conoció a Farrell?

—¿También forma parte de su trabajo la pregunta?

—No, Señorita Logan, ahora no estoy haciendo mi trabajo. Usted ha logrado intrigarme...

La joven dejó el libro en el lugar correspondiente de la estantería y vino otra vez hacia el sofá.

Se sentó en la alfombra y cruzó las piernas.

—Le estaba diciendo que armé un escándalo con Lynch por aquello del *strip-tease*. Fui a protestar a la dirección. El dueño del club era el señor Larkin.

—¿Qué club era?

—El 27.

—Continúe. ¿Qué pasó con el señor Larkin?

—Entré como un huracán, pero resultó: que el señor Larkin tenía visita. Era el señor Farrell. Bueno, yo no sabía en ese momento

cómo se llamaba... El señor Larkin dijo que estaba de acuerdo conmigo. Si no quería hacer *strip-tease*, no haría *strip-tease*. Me preguntó qué sabía hacer. Yo le dije que cantar. Y entonces él me dijo que podía hacer mi número como yo deseaba... Entonces salí del despacho y poco después, aparecí en la pista con un vestido de oro... Sí, señor, todo de oro, aunque enseñaba bastante, pero no era el *strip-tease*... Y canté mi número y me aplaudieron mucho, y entonces, un camarero me dijo que el señor Farrell me invitaba a su mesa. Fui con él y se puso a decirme cosas acerca de mí y de mi futuro. Se ocuparía de mí para lanzarme en Broadway y Hollywood. Me dijo que Tod Lynch era un caradura y que necesitaba a un hombre como él... Y que yo no tenía que preocuparme de nada porque él se iba a preocupar de todo. Y yo acepté y fue cuando me trajo a este apartamento... Se está portando muy bien conmigo el señor Farrell. Vinieron fotógrafos y me hicieron un montón de fotografías... Oh, se me olvidaba, el señor Farrell me dijo que yo sería su sobrina porque él es casado y su mujer es muy celosa.

—¿Y no ha habido nada entre ustedes?

—¿A qué se refiere?

—A que si el señor Farrell le ha exigido algo a cambio.

—Creo que le entiendo —arrugó el ceño—. Pero se equivoca.

No dije nada.

Ella se puso en pie con los brazos en jarras.

—No me cree, ¿eh? Piensa que el señor Farrell y yo... Pues entérese de una cosa... Me ha besado varias Veces. Eso es cierto. Pero hasta ahora no consiguió nada más... Y el día que lo intente le estrellaré algo en la cabeza, lo primero que encuentre, un jarrón o un libro con mis letras doradas... Y si sigue dudando, le romperé el jarrón a usted.

Cogió el jarrón de la mesa.

Yo levanté las manos.

—No, no dudo. Jeanne. Me ha convencido.

Una voz varonil llegó desde la puerta y dijo:

—Me va a tener que convencer a mí ahora, señor Frazer, porque, si no lo hace, se va a ir al cementerio...

CAPÍTULO VI

Volví la cabeza y vi a un hombre de unos cuarenta años, alto, de facciones alargadas, elegante.

Jeanne dio un gritito.

—Paul, ¿qué haces aquí? Sólo vienes por la tarde.

—Hoy tuve un momento libre y decidí hacerte una visita... Y ya veo que llegué muy a tiempo.

—Eh, Paul, éste es Matt Hunter, uno de esos que hacen encuestas.

—Hace encuestas, Jeanne. Pero no es Matt Hunter. Ya dije su nombre, Frazer, Y ahora lo diré completo. Bruce Frazer, y es un detective privado...

—¿Cómo?

—Muñeca, te fías demasiado de la gente. Ése es tu defecto. El señor Frazer, además de un detective privado, es un asesino.

—¡Oh, no!

—¿Y sabes a quién mató, muñeca? A un hombre que tú conoces, al señor Larkin.

—¿Al dueño del Club 27?

—Exactamente, al dueño del Club 27.

—Lo mató usted, Farrell —dije.

—¿De dónde saca usted eso, Frazer?

—Tuvo un motivo.

—¿Qué motivo?

—No quiso pagarle a Larkin los cien mil dólares que él le exigió.

—¿Cien mil dólares?

—Sí, Larkin le pidió a usted cien mil dólares por no decir a la policía algo que sabía acerca de usted.

—¿Es un cuento de las Mil y Una Noches, señor Frazer?

—No, es pura realidad.

—¿Quién le contó eso?

—Tengo una bola de cristal.

—Yo voy a destrozar su bola de cristal, señor Frazer.

¿Y sabe por qué? Porque es muy mala. Le muestra cosas que no han ocurrido nunca.

—¿Qué fue lo que Larkin sabía de usted?

—Frazer, está cavando su tumba.

La joven intervino:

—¿Por qué dices eso, Paul?

—No es asunto tuyo, muñeca. Anda, vete al dormitorio a hacerte la manicura.

—Ya me hice la manicura.

—Entonces coge uno de esos libracos y estudia.

—Eh, no me gusta que me trates así.

Farrell hinchó los pulmones de aire.

Fue a decir una inconveniencia, pero frenó a tiempo.

—Está bien. Puedes quedarte si quieres... Señor Frazer, usted se encuentra en un apuro.

—Lo admito.

—La policía lo persigue.

—Eso también es cierto.

—Lo voy a ayudar, Frazer.

—¿Por qué?

—No haga preguntas y escuche... Tengo dos hombres afuera. Ellos lo acompañarán.

—¿Adonde me acompañarán?

—A un lugar seguro.

—¿Qué lugar seguro?

—Maldita sea, usted será embarcado...

—No me gustan los viajes marítimos en ciertas circunstancias.

—Se encuentra justamente en las circunstancias en que necesita largarse. Una buena embarcación a motor lo dejará en un puerto de México.

—De momento, no me intereso por las corridas de toros.

—Le debe interesar conservar la piel.

—Sí, señor Farrell, eso me interesa mucho.

—Entonces escuche el consejo de un amigo.

—Usted no es mi amigo, Farrell.

—Lo está poniendo muy difícil, Frazer.

—Hábleme de Larkin.

Dio un suspiro y abrió la puerta.

Dos hombres entraron.

Salté del sillón para sacar la pistola.

Pero me quedé quieto.

Los dos hombres ya tenían la pistola en la mano.

Jeanne chilló otra vez.

—¿Qué significa esto, Paul?

—Te dije que te fueses a tu habitación, pequeña.

—Paul, éste es mi apartamento y no permito ciertas cosas...

Demonios, esto parece la escena de una película de gangsters.

Sonreí a la joven.

—Ellos son gangsters.

—Oh, no, Farrell no lo es.

—Desmiéntala, Farrell.

—No miedo desmentirla porque soy un hombre de negocios.

—Perdone, se me olvidaba que era presidente de una compañía naviera. Por eso me sugirió la idea del viaje marítimo. Debe tener mucha facilidad para que una embarcación suya vaya a México y la traiga cargada de heroína. Al parecer, ése es el negocio al que se dedica, la importación de drogas a gran escala. ¿Qué hay además de heroína? ¿Marihuana? ¿Opio?

—¡Ya basta, Frazer! Dos hombres le están apuntando con el arma. Sería preferible que se mostrase un poco más comprensivo.

—Ya lo soy.

—Está diciendo barbaridades.

—Puedo seguir diciendo algunas más.

—No, Frazer. Si abre la boca, le juro que doy orden para que disparen.

Jeanne gritó:

—¡No consentiré que tus hombres hagan ruido en mi apartamento, Paul!

Farrell la miró con la boca abierta.

—Jeanne, eres idiota.

—¿Cómo?

—¡Ya lo has oído! ¡Que eres idiota! ¡Este hombre es un entrometido y me va a buscar la ruina!

—¿Por qué te va a buscar la ruina si él mató a Larkin? No lo

comprendo.

—Yo te diré por qué no lo comprendes. Porque eres una montañesa de Kentucky.

—¡Repíte eso!

—¡Montañesa de Kentucky!

—Conque supones que soy una retrasada mental...

Aquella discusión entre Farrell y su supuesta sobrina habría sido buena para que yo sacase mí «Luger», pero los pistoleros conocían su oficio y no me quitaban la vista de encima.

Jeanne pegó una patadita en el suelo con su pie desnudo.

—Farrell, estoy descubriendo muchas cosas.

—¿Qué, por ejemplo?

—Que tú también me engañaste como Tod Lynch. No eres lo que me dijiste.

—¿Es que vas a creer a Frazer?

—¿A qué te dedicas?

—Hago navegar mis barcos.

—¿Y qué transportas?

—Muchas clases de mercancías.

—Entre ellas las drogas.

—Jeanne, si repites eso en cualquier otro lugar vas a necesitar los cuidados del odontólogo, y puede que también del cirujano plástico...

Jeanne no se acobardó.

Por el contrario, sus pupilas despidieron chispas.

—¿Qué tuviste que ver con Larkin, Paul?

—Jeanne, estás agotando mi paciencia.

—Tú va me agotaste la mía. Quiero saber la verdad.

—Eres una estúpida. Este hombre te engañó al entrar en tu apartamento. Te dijo que estaba haciendo una encuesta. Sólo vino a sonsacarte. Eso te demuestra que no es honrado...

Yo hacía mucho tiempo que no decía ni fiase.

—Estoy acusado de un crimen que na cometí. Jeanne —dije—. Descubrí una pista que me conducía a Farrell y Farrell me condujo a usted. Par eso vine aquí. Para conocer la relación que pudiese existir entre Farrell y Larkin.

—Yo le diré qué clase de relación tenía con Larkin, sabueso —contestó Farrell.

—Dígalo.

—Lo surtía de tequila. Se la traía de México en mis embarcaciones.

—Tequila y drogas.

—¡Váyase al infierno...!

—Quizá Larkin pasaba por mal momento y necesitaba dinero. Y pensó en tirar de la manta para sacarle los cien mil dólares.

—Levántate, Frazer.

Ya había previsto lo que iba a hacer.

Levantarme, dejarme caer y sacar la pistola.

No podía dejar que Farrell se me escapase.

Lo haría cantar aunque tuviese que ponerle el cañón de la pistola en la boca del estómago.

Pero uno de los pistoleros vino hacia mí.

No lo hizo cruzándose entre Farrell y yo, sino trazando un semicírculo.

De esa forma, quedaron pulverizadas mis esperanzas porque aflora me tenían enfilado con dos pistolas, desde una parte y desde la opuesta.

No tenía escapatoria.

Me levanté y dije:

—Está bien, Farrell. Me doy por vencido.

—Viajaré a México.

—No, no me refería a eso. Quiero decir que lo dejaré en paz pero seguiré en Nueva York.

—Eso no me interesa, Frazer.

—¿Por qué no?

—Usted dice una cosa y hará otra. Seguirá metiendo las narices en donde no debe.

Comprendí lo que él temía. Que me atrapase la policía y que yo hablase de Larkin y de él. Pero ¿por qué podía sentir ese miedo si yo no tenía ninguna prueba? Mi declaración ante la policía sería gratuita. Se morirían de risa. ¿Estaría yo equivocado con respecto a mis sospechas y el asunto no se refería a las drogas?

—Llévoslo, muchachos.

Jeanne protestó.

—No quiero que el señor Frazer salga así de aquí.

—¿Y cómo quieres que salga, muñeca? —retrucó Farrell—. No

pensarás dejarle tu dormitorio para que se quede una temporada.

—Lo que él pide es justo. Que se marche por su propio pie y que haga lo que quiera.

—No, nena, no voy a consentir eso... Los muchachos lo acompañarán hasta el muelle 14. Pero no te preocupes. Lo dejarán instalado en un buen camarote. Naturalmente, le cerrarán la puerta con llave. Y así irá hasta México —se pasó una mano por el cabello—. Es un favor que le hago al señor Frazer, Jeanne, y estoy quebrantando la ley porque presto ayuda a un fugitivo.

—Y sólo lo haces por el cariño que sientes por él —dijo Jeanne.

La chica podía ser una montañesa de Kentucky pero poseía inteligencia natural. Había puesto el dedo en la Haga. ¿Por qué me cuidaba tanto Farrell? No, nada de aquello tenía sentido.

—Jeanne, ¿por qué no te callas de una vez por todas? —rezongó Farrell.

—Porque no me gustaría que lo matasen.

—Nadie lo va a matar.

—Dame tu palabra.

—Prometido.

Jeanne me miró.

—Señor Frazer, se valió de una estratagema para entrar aquí. Quizá me creyó tonta.

—No, Jeanne.

—Sí, debí parecérselo.

—Quizá un poco, al principio, pero ya rectifiqué del todo.

—Espero que tenga suerte.

—La voy a necesitar.

Paul Farrell ladró:

—Se acabó la conversación romántica..., muchacha. Quitadle la pistola. Le abulta demasiado y hay que aligerarle de peso. Es cosa tuya, Angus.

Angus era el tipo que se había movido desde la puerta.

Se acercó por detrás y me quitó la «Luger» repleta de balas y que no había disparado una sola vez.

Luego hizo una señal.

—Adelante, chico... Mi amigo Rock y yo tendremos la pistola en el bolsillo. Si intentas huir te vamos a dejar en muy mal estado. Nuestro destino es el muelle 14, como dijo el jefe.

—Muelle 14 —asentí.

—En marcha —ordenó Angus.

El llamado Rock salió primero porque ya había metido la pistola en el bolsillo.

Me volví hacia la joven y dije:

—Jeanne, sé perfectamente que Farrell no tiene la menor intención de introducirla en el mundo de Broadway o Hollywood. Sólo es un lobo de dientes largos, listo para engullirte de un bocado. Favor por favor.

Farrell se estaba poniendo rabioso, pero no esperé a que me soltase un chorro de improperios. Salí con mi guardia de honor.

CAPÍTULO VII

Viajábamos en un coche negro.

Yo iba detrás, con Rock, y Angus conducía.

—Eh, muchachos —dije—, por aquí no se va al muelle 14.

Ninguno de ellos me contestó.

—¿Es que no me habéis oído? —Os dije que por aquí no se va al muelle 14.

Tampoco me respondieron.

—Si creéis que me vais a matar impunemente os equivocáis. Me defenderé con uñas y con dientes, a patadas...

—Nadie te va a matar, sabueso —dijo Rock.

—¿Por qué no vamos al muelle 14?

—Porque haremos el viaje más rápido en avión.

—¿Un avión?

—Sí.

—Vuestro jefe no dijo eso.

—Hablaban en clave. El muelle 14 quería decir el campo de aviación.

—¿Y por qué no se refirió desde el principio al campo de aviación?

—Por si el avión te mareaba —rió Rock.

No les creía una palabra.

Se disponían a matarme.

¿No era yo un fugitivo?

¿Cómo pude pensar ni por un instante que Farrell fuese a llevarme realmente a México?

Tampoco le interesaba entregarme vivo a la policía.

Mi cadáver solucionaría el caso del crimen de Larkin.

Tendrían al asesino convertido en un fiambre y no habría interrogatorio.

El caso quedaría cerrado.

Hasta el ayudante del fiscal más novato estaría de acuerdo en cancelar las investigaciones.

Llegamos al campo de aviación.

Era particular.

Vi una docena de lujosas avionetas. Algunas de ellas a reacción.

Rock me apoyó la pistola en el costado.

—Escucha, tipo listo. Vamos a viajar contigo.

—¿Hasta dónde?

—Hasta México.

—No lo creo.

—Tú piensas que te vamos a liquidar, pero si fuese así, ¿crees que habríamos venido aquí? Angus habría llevado el coche a cualquier parte. Hay rincones estupendos en donde se puede liquidar a un hombre... Pero ya lo ves. Estamos en un campo de aviación. Echa una mirada a tu alrededor y verás a mucha gente.

Efectivamente, vi tipos con monos de color azul, o amarillo, y algunos hombres de negocios con portafolios que acababan de llegar o se disponían a emprender el vuelo.

No tenía sentido aquello para mí.

Suponiendo que fuesen a matarme no lo iban a hacer allí, sino en el aire, y entonces, arrojarían mi cadáver desde lo alto, en cualquier parte. Era eso. ¿Cómo no lo había pensado antes? Los gangsters han evolucionado desde los tiempos de Al Capone. Los zares del Sindicato del Vicio, apoltronados en sus viejos sillones, quisieron prescindir de los inventos modernos, pero los zares de ahora habían aceptado la tecnología, y llevaban sus cuentas con computadoras electrónicas. Sí, ya habían prescindido de los contables, porque habían aprendido la lección de Al Capone. Éste fue encerrado por defraudación al fisco y no por uno cualquiera de sus numerosos crímenes.

—¡Fuera, chico! —dijo Rock.

Angus ya estaba en tierra, con la mano en el bolsillo donde tenía la pistola.

Bajé yo también y Rock lo hizo a continuación.

Un tipo que cubría la cabeza con un casco se acercó.

—Hola, chicos, el jefe ya me avisó.

—¿Qué tal, Andy? —dijo Rock.

—De primera. Podemos salir ahora mismo.

—Estamos preparados.

Andy nos precedió en el camino.

Yo iba flanqueado por Rock y Angus.

No podía echar a correr porque no vi nada a mi alrededor que me sirviese de refugio.

Llegamos ante una avioneta a reacción, blanca, con dos rayas color calabaza. Tenía el nombre de Farrell en el costado.

Me hicieron entrar y poco después el avión corría por la pista.

Dio un tirón hacia arriba y ya estábamos volando por el aire.

Ocupábamos cómodos asientos.

A mi derecha tenía ahora a Angus y detrás a Rock.

Delante sólo estaba el piloto Andy, quien se puso a silbar una canción.

Fui a meter la mano en el bolsillo.

—Quieto —dijo Angus.

—Me quedé sin pistola. Sólo quería sacar mis cigarrillos.

—Sácalos, pero no hagas nada de que te puedas arrepentir.

Encendí un cigarrillo y después de arrojar una bocanada de humo, dije:

—El señor Farrell se toma muchas molestias por mí.

—Tú te lo mereces.

—¿Por qué si no me conocía antes de que muriese Larkin?

—No seas preguntón.

—Tengo que serlo. Nunca he creído en los favores que se hacen a los extraños. Y eso soy yo para Farrell.

—Quedarás satisfecho. Y ahora, cierra la boca. Sería mejor que durmieses.

Si me ponía a dormir, sería mi último sueño.

Rock dijo:

—Eh, Angus, tengo sueño. ¿Puedes vigilarlo tú solo?

—Descuida.

Al cabo de un rato oí la respiración acompasada de Rock. Se había dormido de verdad.

Seguía sin comprender nada.

¿Y si después de todo fuesen a llevarme realmente a México?

No, no lo quería creer.

Decidí obrar por mi cuenta.

Me volví hacia Angus y le atrapé la mano derecha con la que

había visto que manejaba el arma.

—Maldito —dijo.

Me soltó un empujón pero yo lo tenía bien atrapado.

Los dos caímos al suelo.

Andy gritó:

—¿Qué pasa ahí?

Pegué con el puño cerrado en la cara de Angus, pero no lo pillé de lleno.

—¡Despierta, Rock!

Su compañero no despertaba porque tenía el sueño profundo.

Angus quiso sacar la pistola pero le pegué un sacudón en la muñeca y dio un chillido de dolor.

Dimos una vuelta en el corredor.

Entonces el piloto hizo una de las suyas.

El avión se ladeó bruscamente.

Rock salió despedido del sillón y chocó contra el asiento del otro lado.

—¡Maldita sea! ¿Qué es lo que pasa?

Ya había despertado.

Angus y yo seguimos rodando hacia el fondo del avión.

Logré conectarle un puñetazo entre los dos ojos y lo dejé sin conocimiento.

Metí la mano en su bolsillo para apoderarme del arma y entonces oí a Rock:

—Anda, saca y te hago cinco agujeros.

Me estaba apuntando con su pistola.

Mi aventura había terminado.

—Pon las manos en la cabeza y levántate, a la de tres.

Puse las manos en la cabeza y me levanté.

Angus se levantó y me pegó con la izquierda.

Maldije para mis adentros porque no había sabido hacer las cosas con la debida rapidez.

Ahora me iban a liquidar y no lucharía a dentelladas o a coces. No me darían esa oportunidad.

Angus se levantó y me pegó con la izquierda.

Se equivocó si creyó que yo no iba a defenderme porque Rock me estaba apuntando con una pistola y le contesté con un puñetazo al estómago.

En seguida, él me replicó con un rodillazo en el vientre.
Eso fue malo porque me dejó inerte unos instantes.
Angus sacó la pistola y me golpeó con el cañón en la nuca.
Caí al suelo, medio inconsciente.

Ya me podían pegar otra paliza.

Me iban a llamar Bruce, el de la paliza diaria.

—No, Angus, no le pegues más —dijo Rock.

—¡Lo voy a hacer pedazos!

—No nos serviría si lo haces pedazos.

—Sí, es cierto.

—Será mejor que le pongamos la inyección. Recuerda que son tres, según el jefe.

—La prepararé.

Empecé a mejorar.

Ya veía las imágenes más claras.

Vi venir a Angus, que traía una aguja hipodérmica con un líquido color parduzco.

No dudé de que se trataba de una droga.

—¡Puerco, nadie me va a drogar! —grité.

Traté de levantarme, pero Rock me golpeó otra vez en la nuca y ya perdí la noción de todo.

Al despertar, noté que ya no estaba en el avión, sino en un auto.

Tenía la boca estropajosa, como si me hubiesen hecho tragar arcilla.

Ahora viajábamos los tres juntos. Rock a mi derecha, Angus a mi izquierda. El piloto Andy conducía el coche.

—¿Ya despertaste del dulce sueño, muchacho? —rió Angus.

Me encontraba como si me hubiesen metido en algodón, los brazos flácidos, las rodillas temblorosas.

Recordé el pinchazo que me habían pegado en el avión.

Miré por la ventanilla del coche y logré ver casas y personas.

—¿Esto es México? —pregunté.

—Sí, muchacho. ¿No oyes las guitarras?

No oía las guitarras. Sólo ruidos callejeros.

—Esto no es México —dije.

—Hemos hecho un alto porque el viaje a México es demasiado largo. Haremos noche aquí, y mañana saldremos para que veas las corridas de toros y los manitos.

—¿Qué ciudad es ésta?

—Una cualquiera.

El auto se detuvo en un hotel. Se llamaba Barney.

Estaba oscureciendo y las luces de neón estaban encendidas.

Rock y Angus me sacaron del coche.

Habría caído en el suelo de no haber estado sostenido por ellos.

A lo lejos parpadearon otras luces de neón. Memphis Hotel.

Un poco más cerca, otras luces parpadearon. Memphis Bar.

—Esto es Memphis —dije.

—Premio, muchacho. Ya lograste saber dónde estamos.

Me empujaron hacia la oficina del hotel.

Un muchacho que vendía periódicos se acercó a nosotros.

—Apártale, chico —dijo Rock.

—¿No quieren prensa?

—No. Ya estamos enterados de todo.

El muchacho estaba ofreciendo un ejemplar del diario que vendía. Leí los negros titulares:

*«El pastor Luther King insiste en que la gran
marcha de protesta se celebrará el lunes 8 de abril».*

La fecha del diario era del día 3.

CAPÍTULO VIII

La oficina del registro era atendida por una mujer de unos cincuenta años que usaba gafas.

—Buenas tardes, señora —dijo Angus.

La señora nos miró con atención.

—¿Qué le pasa a su amigo? —me señaló con un palillero.

—Se encuentra un poco mal pero le pasará. Culpa del *whisky*.

—No me gustan los jaleos.

—Nadie va a armar jaleo.

—Soy Mary Barney, la dueña, y no quiero líos con la policía.

—No se preocupe.

Mi situación era estupenda. La señora Barney no quería líos con la policía y yo tenía un lío con ellos, con los de Nueva York. Estaba acusado de la muerte de Charles Larkin. Yo le podía decir: «Señora Barney, écheme una mano, llame a los polis y no le importe que nos metamos los dos en un lío porque estos dos tipos son más peligrosos que los del uniforme».

Rock me metió el cañón de la pistola en el riñón por si se me ocurría decir algo.

Angus se encargó de hacer la inscripción y de tapan la boca a la señora Barney con un montón de billetes.

Me sentía otra vez débil, sin ganas de despegar los labios.

¿Qué clase de cochina droga me habían metido en las venas?

Subimos una escalera. Bueno, prácticamente me subieron.

La habitación era la 12, pero también habían alquilado la 13.

Una puerta las comunicaba.

Rock me empujó a un sillón. Allí me dejé caer, y de buena gana habría dicho: «Déjenme morir, muchachos».

Angus estuvo husmeando en la habitación de al lado y regresó:

—Todo perfecto. Rock.

En ese momento entró Andy.

—¿Qué tal van las cosas? Esto parece decente.

A mí me pareció lo más indecente del mundo pero no podía gastar energías en protestar.

El piloto dejó un portafolios en la mesa.

Había una terraza al fondo y se fue hacia allí.

Estuvo mirando un rato fuera, unos minutos, y luego regresó.

—¿Tienes *whisky*, Andy? —preguntó Rock.

Andy sacó una botella del portafolios y se la entregó.

Rock desenroscó el tapón y bebió un largo trago.

—No bebas más —protestó Angus.

—¿Por qué no he de beber?

—Porque al jefe le molestaría. Éste es un trabajo serio.

Rock me señaló con el dedo.

—Él es un buen chico y será obediente... ¿No ves cómo está...?

Lo podríamos coger de la manita y llevarlo al zoo para que se divirtiese. Es como un chiquillo...

—Le daré la otra inyección.

—Es demasiado pronto, Angus.

—¿Quién es el que entiende en este asunto?

—No te hagas el listo. Tú no estudiaste Medicina.

—Fui enfermero en la cárcel, estúpido, y allí aprendí muchas cosas.

—Está bien. Adelante, Angus. Ponle la inyección si ése es tu gusto. Pero ¿qué pasa Si se nos muere...?

—No morirá. El muchacho es fuerte. Sabrá resistirlo.

Yo era el muchacho fuerte y, si me daban otra inyección podría morir, según Rock. Pero podría resistirlo, según Angus.

Qué estupendo conejillo de indias se habían buscado.

Andy estaba silbando otra vez su canción.

Se fue a la terraza con la botella de *whisky*.

Quizá era una persona demasiado sensible para ver cómo clavaban la hipodérmica en mi carne.

Angus estaba preparando la inyección.

Yo empecé a reunir el coraje que me quedaba. No sé si llegaba a los cien gramos.

Cerré los ojos.

Oí los pasos de Angus.

Entreabrí los párpados y lo vi cerca.

Entonces me arrojé sobre él de cabeza.

Fue un buen salto porque le metí la cabeza en el estómago.

Lanzó un aullido salvaje.

Le clavé el codo en la boca y sentí cómo cedían un par de dientes.

Pero era una pistola lo que me hacía falta para enfrentarme a los otros dos.

Ya la tenía en la mano.

Empecé a volverme.

Entonces me pegaron un patadón en la muñeca.

La pistola se fue por el aire, hacia el techo.

Y luego. Rock me soltó otro puntapié en la cara.

Rodé por el suelo de nuevo.

Aquello era el fin del mundo.

Angus se levantó furioso, echando sangre por la boca.

—¡Maldito seas! —dijo.

Me pateó el hígado y tuve que rodar para que no me lo convirtiese en *foie-gras*.

—¡Lo voy a hacer picadillo!

Rock lo cogió por el brazo.

—Déjalo. Ya recibió lo suyo.

—No recibió ni la mitad de lo que va a recibir. ¿Es que no viste lo que hizo? Ha destrozado la aguja hipodérmica.

Andy apareció por el hueco de la terraza.

—Eh, muchachos, ¿queréis que venga aquí toda la policía de la ciudad?

Fue bueno que dijese aquello porque Angus se serenó bastante.

—Andy —dijo—, el tipo rompió la aguja hipodérmica. Necesito otra.

—¿No trajiste una de repuesto?

—No.

—Debiste traerla.

—Deja de protestar y vete a por una.

—Eh, no consiento que me des órdenes, Angus.

—¿No?

—Yo soy el piloto que os trajo aquí y el que os tiene que sacar de Memphis cuando el trabajo se acabe. ¿Lo entiendes? Lo demás corre de vuestra cuenta. Es así como lo acordé con Farrell.

—Ahora te necesitamos.

—Rock puede ir a por la aguja hipodérmica.

—El y yo tenemos que hacer otras cosas.

Andy titubeó unos instantes y por último sacudió la cabeza.

—Está bien. Iré yo.

—Buen chico —sonrió Angus.

—Déjate de buen chico. No me pidas nada más. Yo sólo vine aquí a pilotar un avión en viaje de ida y vuelta. Y quiero que se te meta en la cabeza.

Andy dejó la botella en la mesa y salió de la habitación.

Yo continuaba en el suelo.

—¿Qué haces ahí, vago? —dijo Angus—. Levántate.

—No puedo.

—Levántate o juro que te machaco las costillas. ¿Crees que no sé cuál es tu truco? Quieres que te ayudemos. ¿Para qué? Para continuar la pelea. Eres un tipo testarudo. Deberías estar agradecido a Farrell. Te vamos a sacar del país. Vamos a México y allí quedarás libre.

Me puse en pie como pude y otra vez ocupé el sillón.

—No quiero más inyecciones, Angus —rezongué.

—Son para curarte.

—No necesito ningún tratamiento. Estaba bien cuando salí de Nueva York. Aquella inyección me drogó, y queréis continuar rogándome... ¿Por qué? ¿Cuál es el plan? ¿Qué os proponéis?

Rock y Angus cambiaron una mirada.

—Vamos a acostarlo. Rock —dijo Angus.

Los dos vinieron hacia mí.

Era inútil resistirme o me dejarían sin conocimiento otra vez y yo quería conservarlo mientras pudiese.

Me tumbaron en la cama.

Al cabo de un rato, apareció Andy.

—Aquí está la aguja hipodérmica.

Hice rechinar los dientes.

—¡No quiero más inyecciones!

—Tranquilo, muchacho, tranquilo —dijo Angus—. En cuanto te inyecte te vas a encontrar en una nube. Verás hermosas bayaderas...

Andy se echó a reír.

—Apuesto a que echa a correr en pos de ellas... Eh, chico, guárdame a una que tenga el cabello rojizo.

Angus preparó la hipodérmica.

Quise saltar de la cama, pero Rock se echó sobre mí y me aplastó el pecho.

El aire huyó de mis pulmones.

Angus me inyectó en el brazo.

Todo el contenido de la aguja hipodérmica entró en mi carne.

Vi imágenes extrañas. Sus caras parecían saltamontes.

Andy se acercó con la botella de *whisky*.

La botella era tan grande como la habitación. Y su mano poderosa, como la de un gigante.

Empecé a sentir somnolencia.

Me quedé dormido muy pronto.

Desperté cuando era de noche.

El calor era espeso y pegajoso.

Las imágenes seguían siendo extrañas, deformes.

Los tres estaban jugando una partida de cartas.

No hice notar que ya podía escuchar sus voces aunque sonaron como pronunciadas en campanas.

—¿Has leído lo que dice ese pastor?

—Lo he leído muchas veces. Dice que la violencia sólo engendra la violencia, que debemos ser pacíficos...

—Es un bocazas...

—Está desafiando a la ciudad. El alcalde le ha prohibido la marcha. ¿Y qué hace el pastor? Decir que hará la marcha a pesar de todo. Y saca a relucir los derechos humanos. Esos malditos negros creen que se podrán hacer los amos.

—¿Has leído lo que dice el periódico? Que los negros estaban muy asustados y deprimidos hasta que llegó el pastor.

—Y han recuperado el coraje.

—¿Cuándo empezaron la huelga negra los barrenderos?

—El 12 de febrero.

—Pero el alcalde Loeb la había declarado ilegal.

—Y el tribunal le dio la razón.

—Fue llamada la guardia nacional.

—Y el resultado fue que un muchacho negro perdió la vida.

—Y hubo heridos y también muchos detenidos.

—¿Sabéis una cosa...? Los tanques han pasado por las calles del *ghetto* negro y todos corrieron a esconderse. Son unos cobardes esos malditos negros...

—No habéis leído lo más bueno.

—¿Qué cosa?

—Aquí está en el periódico. Espera que te lo lea... Escucha lo que dice ese Martin Luther King: «He leído en alguna parte que todos los ciudadanos de color tienen libertad de palabra. He leído en alguna parte que cualquier ciudadano de color tiene libertad de expresión. He leído en alguna parte que cualquier ciudadano de cualquier color tiene derecho a manifestarse».

—¡Vaya!

—Los negros no tienen derecho a eso.

—Si los dejásemos manifestarse nos pisarían el cuello.

—Nosotros seríamos los que tendríamos que irnos a África.

—Por todos los infiernos. Mira lo que dice aquí. Os lo voy a leer, porque vale la pena. Luther King dice: *«Y sea lo que Dios quiera, siempre me quedará la satisfacción de haber podido mirar a mi alrededor y haber visto la tierra prometida»*.

Los tres rieron.

—La tierra prometida. Nosotros le vamos a dar la tierra prometida. ¿No os parece, chicos?

Rieron otra vez, con más fuerza.

—Eh, nos hemos entretenido demasiado... Yo me juego cinco dólares.

—Y yo pongo esos cinco y diez más.

—¿Y tú, Andy?

—No, yo no voy en este juego.

—Está bien, Rock. Canta tu jugada.

—Trío de reinas.

—Y yo tengo un trío de ases que gana.

Sonó el teléfono. Estaba en la mesilla de noche y cerré los ojos.

Rock vino hacia la mesilla de noche y cogió el teléfono.

—¿Sí...? Hola, chico, celebro oírte... Sí, estamos aquí... Los tres y el chivo emisario... —Se echó a reír—. Sí, muchacho, el chivo emisario... Él está en buenas condiciones... Es un tipo comprensivo... No tienes que preocuparte por nada... Todo irá como una seda... Tendrás tiempo para largarte... Bruce Frazer

pagará por el crimen... Tienes que llamar mañana... Hay que informarse bien de sus pasos... No, no habrá ningún fallo porque lo haremos como se debe hacer... Será mejor que no salgas. Quédate ahí y diviértete pensando en cómo lo vas a pasar dentro de unos días... Hasta mañana, chico.

Colgó \ se dirigió hacia la mesa, ocupando su silla.

—El muchacho está listo —dijo.

Angus rió.

—Tuvo una buena idea el jefe. El muchacho dispara, se carga al pastor, y luego la policía encontrará al asesino.

—A Bruce Frazer que es un fugitivo de Nueva York y que ya mató allí.

—Estos puercos detectives privados son capaces de matar a un pobre negro que sólo quiere la paz y el bienestar para los de su raza.

—Hay cada tipejo por ahí...

—Bueno, ¿continuamos jugando o nos vamos a pasar toda la tarde hablando de cosas que ya tenemos sabidas?

Así era todo.

Iban a asesinar al pastor Luther King.

Y el asesino era un muchacho que estaba en otra parte de la ciudad.

Pero yo iba a ser el que, supuestamente, apretaría el gatillo.

No, yo no estaba viendo por ningún lado la tierra prometida.

CAPÍTULO IX

No, no me iban a matar con aquellas inyecciones.

Me necesitaban vivo.

Eso ya era una ventaja.

Y si ellos lograban llevar a cabo su plan, me iba a convertir en el personaje más famoso del país.

El asesino del pastor Martin Luther King.

«¿Hace unas declaraciones para la prensa, señor Frazer?».

«¿Por qué lo mató, señor Frazer?».

Pero el fiscal preguntaría otras cosas.

«¿Quiénes hay detrás de usted, señor Frazer?». «No, no me hará creer que usted lo mató sólo». «¿Qué tenía contra Luther King?».

«¿Odía a los negros?». «¿Por qué?».

«Son seres humanos como nosotros».

Era un hermoso pastel que se había cocido entre ellos.

Sin embargo, Andy, Rock y Angus eran sólo tres matones.

Y también lo sería el muchacho que realmente apretaría el gatillo, el que pondría en marcha la bala o las balas que acabarían con la vida del pastor.

Y detrás de ellos estaba Farrell.

¿Farrell solo?

¿Tenía categoría Farrell para cargarse a Luther King?

¿Por qué, si él era el presidente de una compañía naviera?

Charles Larkin se había informado de lo que se cocía.

Ése fue el motivo del chantaje.

Larkin pidió cien mil dólares a Farrell por guardar silencio, por no informar a la policía de lo que iban a hacer en Memphis con Luther King.

No, Farrell no podía estar solo.

¿Cuántos habría?

¿Dos más? ¿Cuatro? ¿Siete?

Hagan juego, señores.

Traté de mover una pierna. La derecha.

Por un momento creí que me habían atado a la cama.

Pero estaba libre.

Ocurría que la pierna me pesaba como el Empire State o como la torre Eiffel...

Intenté mover un brazo y me pasó lo mismo.

La condenada droga estaba surtiendo su efecto.

Me habían convertido en un muñeco de plomo.

De pequeño yo había jugado con soldaditos de plomo. Como casi todos los niños. Sólo faltaba eso, que me pusiesen un uniforme. Y me lo iban a poner. El de los condenados a muerte.

Llamaron a la puerta.

Hubo un momento de expectación por parte de los pistoleros.

—¿Quién es? —preguntó Angus.

—Una vecina.

—¿Qué quiere?

—Es mi cumpleaños y quisiera invitarles. Hay tres huéspedes en mi habitación. Es la 11.

—No, gracias. No podemos ir.

—Habrà baile.

—Invite a otros.

—Como usted quiera.

Se oyeron pasos de la mujer que se retiraba y luego Rock dijo:

—Eh, Angus, podríamos ir un momento. Andy se quedaría vigilando a Bruce.

—El muchacho es un paquete. No puede ni moverse.

—He dicho que no.

—Estoy cansado de jugar al póquer.

—Duerme.

—¿Con este calor...? Cielos, parece que me haya metido en melaza.

—Entonces date una ducha.

—Sí, eso es lo que voy a hacer.

Rock se marchó a la otra habitación.

Habría sido bueno que Angus y Rock se hubiesen ido a celebrar el cumpleaños con la vecina de la habitación número 11 porque

sólo se hubiese quedado conmigo Andy. Sentí deseos de echarme a reír. Yo era un estúpido. Ni aunque me hubiesen dejado solo habría sido capaz de saltar de la cama y largarme. ¿Cómo habría tenido fuerzas para bajar la escalera? Ni siquiera habría llegado a la puerta.

Al cabo del rato, se oyó música y voces.

Los invitados de la mujer que cumplía años eran bastante ruidosos.

Angus vino a verme.

—Eh, chico, ¿cómo estás?

—Mal. Quiero un doctor.

Me palmeó las mejillas.

—Vamos, hombre, no digas eso. Estás la mar de bien. Eres un sabueso que goza de toda la salud del mundo.

—Quiero un doctor —repetí—. Creo que me voy a morir.

—No, Bruce, tú no te vas a morir... Aquí estamos nosotros para cuidarte. Somos tus amigos. ¿Te acuerdas de nosotros?

¿Cómo creía el muy canalla que me podría olvidar de ellos?

Rock apareció soltando un bufido.

—El agua es buena.

Tenía el cabello mojado y se había envuelto en una toalla.

—Te recomiendo una ducha, Angus.

—No me hace falta.

—Me he quitado la melaza de encima... ¿Cómo está el muchacho? —Clavó su mirada en mi rostro—. Eh, chico, pero si estás la mar de bien... Todo un hombrecito. Pero no debes hacer cosas feas, o la policía te ajustará las cuentas —rió sus propias palabras—. Eh, Angus, ¿ha hecho alguna cosa fea el chico?

—En Nueva York mató a un hombre de negocios.

Rock chasqueó la lengua.

—Eh, Bruce, eso no se hace. Matar es algo muy feo. Pero ahora que estamos en Memphis te vas a portar como un buen muchacho. No matarás a ningún hombre de negocios. ¿Verdad que no?

El muy bastardo se estaba riendo de mí. No, yo no iba a matar en Memphis a ningún hombre de negocios. Pero alguien iba a asesinar al pastor Luther King y yo iba a cargar con esa responsabilidad.

Por eso le resultaba tan divertido cuánto decía.

Por un momento, hubiese querido tener su pescuezo entre mis manos. Para partírselo por la mitad.

—Eh, Angus —dijo Rock—, creo que me voy a ir a esa fiesta.

—¿Qué fiesta?

—¿Cuál va a ser? La de la vecina del cumpleaños.

—¿Con la toalla puesta?

—Me vestiré, hombre. Se me ocurre una cosa. Primero iré yo y luego irás tú.

—¡No! Pero tú puedes ir si ése es tu gusto.

—Gracias. Eres muy amable.

—No quiero que te emborraches.

—Nadie se va a emborrachar.

—Lo mismo dijiste la otra vez. Hicimos un trabajo en Chicago. No te ibas a emborrachar y llegaste como una cuba...

—Descuida. Sé contenerme.

—Yo voy a dormir —dijo Angus.

Andy intervino:

—¿Y yo cuándo duermo?

—Lláname dentro de un par de horas.

—De acuerdo.

Angus no se apartó de allí hasta que apareció Rock vestido.

—Hasta luego, muchachos. Me voy a la habitación número 11.

Abrió la puerta y la cerró desde el corredor.

Angus aplastó la punta del cigarrillo en el cenicero de la mesilla de noche.

—Dormiré en la otra habitación, Andy. Recuérдалo, despiértame dentro de dos horas.

—Yo también estoy muy cansado y te llamaré en dos horas.

Angus se marchó también, pero dejó abierta la puerta comunicante.

Andy empezó a hacer un solitario con las cartas.

Me habían dejado como un trasto inútil, en la cama. No podía ser un peligro para ellos.

Estaba dispuesto a no quedarme quieto, a la espera de que me endosasen un segundo crimen.

Espere un rato para que Angus se durmiese.

El jaleo procedente de la habitación 11 era más intenso.

Pude mover la pierna derecha y luego la izquierda.

Silenciosamente, sin hacer el menor ruido.

Puse los pies en el suelo.

Todo marchaba bien.

Andy estaba de espaldas a mí y eso había sido una suerte.

Me levanté.

Por un momento creí que no me podría sostener sobre los pies. Me iba a caer de bruces, estrellarme contra el suelo, pero logré mantener el equilibrio.

Un paso. Otro. Me estaba acercando a Andy.

Pero ¿dónde estaba Andy? ¿Al otro lado del Atlántico, por Francia o quizá más allá del Telón de Acero?

La distancia era larga, muy larga.

Pasaría un verano, y otro otoño, y otra primavera antes de que lograra llegar ante Andy.

Pero llegué.

Levanté la mano y la dejé caer sobre Andy con fuerza.

Sonó un chasquido.

Era el golpe del conejo, en la nuca, y Andy inclinó la cabeza contra la mesa y quedó sin sentido.

Le deslicé la mano por el costado y busqué una pistola.

Aquel condenado no tenía armas.

Cuando abrí los ojos, otra vez las imágenes volvieron a su sitio, a quedar inmóviles.

Abrí la puerta lentamente para no producir un solo chasquido.

Salí al corredor y cerré.

El miedo de la habitación número 11 era infernal.

Me apoyé en la pared y fui acercándome hacia la escalera.

«Un poco más, muchacho. Un poco más y habrás logrado tu libertad y empezarás a ser un hombre importante porque le vas a salvar la vida a todo un personaje, a un premio Nobel de la paz, a un hombre llamado Martin Luther King».

—Eh, amigo... ¿Adónde va?

Aquella voz me dejó paralizado. O quizá mejor diría moribundo.

CAPÍTULO X

Volví la cabeza.

Era un tipo gordito.

Tenía un gorro de papel en la cabeza y una copa de champaña en la mano.

Estaba bebido y lo demostró acercándose haciendo eses.

—¿Por qué no se une a nosotros a la fiesta? —inquirió.

—No puedo.

—¿Por qué no puede?

—Me está esperando mi novia...

—Bueno, entonces ella puede esperar un poco más. ¿Sabe una cosa? Una novia se me quedó esperando durante diez años y cuando llegué a su lado le dije: «Perdona, nena, fui a por tabaco...».

El chiste era malo y viejo, y reí débilmente, pero él lo hizo a carcajadas.

—Menos mal que ella se había casado —le faltaba aquella frase—. Venga, muchacho, hay un par de mujeres de campeonato.

—No, gracias.

—Le presentaré a Anne, una rubia platino sensacional...

—Escuche, amigo, iré a hablar con mi novia. Me espera cerca de aquí y le diré que tengo un compromiso. Entonces vendré con ustedes.

—Demonios, no se me había ocurrido.

—Regresaré en seguida.

—Dese prisa, muchacho, porque Anne vale la pena.

—No me la pienso perder por nada del mundo.

El tipo del güiro me soltó una palmada en la espalda.

Por fortuna, estaba cogido a la barandilla o me habría arrojado por la escalera.

Se volvió hacia la habitación número 11 y yo empecé a descender.

El peligro había pasado con aquel tipo, y las ganas de llegar a la calle me dieron fuerza para mover las piernas más aprisa que antes.

La señora Barney estaba detrás del registro leyendo un diario. Apartó los ojos del periódico.

—Ah, ¿se encuentra usted mejor?

—Mucho mejor.

—Lo celebro.

Eché a andar hacia la puerta de la calle.

Lo hice con la mayor serenidad posible.

Di un paso en falso y me tambaleé.

—Eh, amigo, usted no está bien como dice —gruñó la señora Barney—. Por lo visto siguió bebiendo.

—Estuve en la fiesta de la habitación 11 y me dieron champaña.

—Les advertí que no quería jaleo y lo están armando en grande. Ahora mismo subiré a poner orden.

Salió del registro y se encaminó hacia la escalera.

Eso era peligroso para mí porque, en cuanto llegase arriba, le diría a Rock que me había visto.

Salí a la calle y respiré el aire fresco.

¿Adónde iba? ¿A un puesto de policía?

Eso significaría entregarme.

Vi una camioneta de reparto de leche. Un negro estaba cargando unas cajas de botellas vacías.

—Eh, amigo, ¿me lleva en el coche? Le daré cinco dólares.

—¿Adonde?

—A cualquier parte —le enseñé un billete—. Esto es suyo.

—Trato hecho, hermano. —Hizo desaparecer los cinco dólares—. Siéntese delante.

—¿Cuándo nos vamos a marchar?

—En cuanto cargue esto.

Si hubiera tenido fuerzas, le hubiese ayudado a cargar aquellas cajas. Un minuto más y sería demasiado tarde porque saldría Rock o Angus para cazarme.

Me senté al lado del volante.

El negro seguía moviéndose aunque con lentitud.

—Tengo prisa por marcharme, muchacho.

—Ahora va.

Por fin subió al volante.

Entonces apareció Rock. Tenía la mano en el bolsillo, donde guardaba la pistola.

Me escurrí en el asiento.

—De prisa, muchacho.

El negro puso en marcha la camioneta y ésta se deslizó por el asfalto.

Aposté a que Rock no me había podido ver. Pero podía ser una suposición mía. ¿Y si me equivocaba?

La camioneta de la leche seguía corriendo por la misma calle.

—Dobla por la derecha —dije al negro.

—Tengo que seguir por esta calle.

—Dobla por la derecha y te ganarás otro par de dólares.

Hizo girar el volante. Antes de desaparecer, vi a Rock mirando hacia el lado opuesto, como un niño que ha perdido a su madre, la cabeza hundida en los hombros. Angus le iba a romper la cara y deseé que Rock le rompiera a Angus la espina dorsal.

Ya estaba libre. ¿Adónde iba?

A la policía.

No, no podía hacer mi declaración personalmente. Tenía que hacerla por teléfono.

—¿Adónde quiere ir? —preguntó el negro.

—A un teléfono.

—¿Me paro ya?

—No. Todavía no. Sigue adelante.

Al cabo de un rato, me había alejado como tres o cuatro millas del hotel Barney.

—¿Cómo te llamas? —pregunté al negro.

—Tom.

—¿Repartes por aquí, Tom?

—Sí, conozco un par de bares.

—Llévame a uno donde no haya demasiado ruido.

—Aquí en todos los bares hay ruido, pero pararemos en el de Joe Garrett.

Detuvo la camioneta junto al bordillo de la acera.

Al saltar casi caí al suelo.

Tom me sujetó por el brazo.

—Eh, ¿qué le pasa?

—Estoy un poco mareado.

Entramos en el local.

El mostrador estaba a la izquierda y la cabina telefónica al fondo.

Había tres o cuatro clientes negros y el que servía en el mostrador también era negro.

Tom me acompañó hasta la cabina.

—Vete al mostrador y tómate un *whisky*. Yo pago —le dije.

Me metí en la cabina y busqué el número de la policía.

Lo marqué oí una voz gruñona.

—¿Qué desea?

—Quiero denunciar un crimen.

—¿Dónde se cometió?

—Todavía no se ha cometido.

—¿Ah, sí?

—Oiga, quiero hablar con un oficial de homicidios.

—Diga primero su nombre.

—Cárter Dumbar.

—Hable, señor Dumbar.

—He dicho que hablaré con un oficial de homicidios.

—Está bien. Espere un momento.

Esperé más de un momento, como un minuto.

—Soy el teniente George Miller, ¿qué quiere, señor Dumbar?

—Van a asesinar a Luther King.

—Imagino que se refiere al pastor.

—Sí, teniente, al pastor Luther King.

—¿Quién le ha dicho eso? ¿O es que ha decidido matarlo usted, señor Dumbar?

—Escuche, teniente, lo que le digo es en serio.

—Oiga, Dumbar, ¿sabe usted cuántas llamadas recibimos hoy diciéndonos que el pastor Luther King será muerto?

—No tengo idea.

—La suya debe hacer la cincuenta y tres. O quizá sea la cincuenta y cuatro. Y yo le diré por qué. La ciudad está soliviantada contra él pastor. Los barrenderos de la ciudad declararon una huelga, y esa huelga fue declarada anticonstitucional por un juez competente, y el pastor Luther King quiere protestar por eso. Muchos ciudadanos de Memphis están en contra de Luther King porque, según ellos, se debe respetar el fallo de un juez. Pero como

Luthero King no quiere ceder, lo están amenazando de muerte... Y si ahora me deja usted tranquilo, podré hacer mi trabajo.

—Su trabajo consiste en impedir que el pastor Luthero King muera.

—Oh, sí, claro, ¿y qué más?

—Teniente Miller, vaya al hotel Barney, habitaciones doce y trece. Allí se hospedan tres individuos. Rock, Angus y Andy han preparado el asesinato de Luthero King... Será mañana.

—He apuntado todo lo que me ha dicho, pero quiero verlo a usted.

—No es posible.

—¿Por qué no?

—Tengo otras cosas que hacer.

—De modo que usted tiene otras cosas que hacer y yo debo creerle. ¿Quién me dice que esto no es una tomadura de pelo, señor Dumbar?

—Debe de hacer la comprobación en el hotel Barney.

—¿Por qué no viene conmigo?

—Le repito que me es imposible —dije y colgué.

Salí de la cabina lleno de rabia.

¿Me haría caso el teniente Miller?

Tom estaba en el mostrador.

Pedí un *whisky* para mí y pagué la consumición.

—Tom, ¿me quieres llevar a otra parte?

—Adonde usted quiera, pero lo haré sin cobrarle un centavo más.

Fuimos a la camioneta y, apenas llegamos allí, empecé a sentirme muy mal.

—¿Conoces algún doctor, Tom?

—Sí, señor, pero es negro.

—No me importa.

No dije más, porque luego me desmayé.

Otra vez volví a soñar cosas extrañas. Con hombres que corrían pistola en mano. Con oradores que gritaban con los brazos levantados: «Ya veo la tierra prometida». Y con Jeanne. Sí, también soñé con aquella chica nacida en las montañas de Kentucky.

Al fin desperté.

Estaba tendido en un camastro.

Vi una cara que no conocía. La de una negra.

CAPÍTULO XI

—Eh, ¿dónde estoy? —pregunté.

—Soy la mujer de Tom. Me llamo Emma.

—¿Dónde está Tom?

—Salió a repartir.

—¿Qué hora es?

—Las cinco.

—¿Las cinco de la mañana?

—No, no, de la tarde.

—¿Cómo he podido estar tanto tiempo acostado, durmiendo?

—Usted estaba muy mal, señor. Vino un doctor a verlo. El doctor William Jones. Es nuestro médico, ¿sabe? Ordenó que usted debía dormir, y que no le molestásemos hasta que despertase.

Aparté la sábana.

—Estaba en ropa interior.

—Sal, Emma, voy a vestirme.

—No puede levantarse hasta que venga el doctor.

—Tengo que levantarme. Anda, sal.

La mujer de Tom salió y yo me vestí trabajosamente, pero me encontraba mucho mejor que el día anterior. Angus había dicho que el tratamiento consistía en tres inyecciones y sólo me habían puesto dos. Estaba en el camino de la recuperación. Unas horas más y me encontraría en perfectas condiciones.

Ésa era mi esperanza.

Salí a la otra habitación.

Emma tenía en brazos a un negrito, y otros dos se arrodillaban a sus pies.

—Emma, ¿hay un periódico por aquí?

—Sí, está encima de la mesa. Lo compró Tom esta mañana.

Cogí el diario y leí los titulares de la primera página.

«El juez Bailey Brown prohíbe la marcha de los negros».

Seguí buscando algo relativo a la tentativa de homicidio por parte de los hombres de Farrell.

Nada, no venía absolutamente nada en ninguna página.

—Emma, ¿dónde está el más próximo teléfono?

—En el bar de la esquina.

—Me voy allí.

Fui al bar de la esquina y marqué el número de la policía.

Le dije al hombre que se puso a la otra parte que quería hablar con el teniente Miller.

—Espere. Creo que llegó hace un rato.

Esperé y oí la voz de Miller.

—¿Quién habla?

—Soy Cártter Dembar, teniente Miller, el que le habló ayer.

—Hombre, el bromista.

—¿El bromista?

—Le debería llamar una cosa más fuerte, pero tengo un superior cerca de mí.

—Oiga, teniente, ¿es que no hizo la comprobación?

—Claro que hice la comprobación.

—¿Fue al Hotel Barney?

—Sí, donde usted dijo, pero las habitaciones doce y trece no habían sido ocupadas desde anteayer.

—Eso no es cierto. Estuvimos alojados en ellas cuatro personas. Rock, Angus, Andy y yo.

—No sé lo que persigue, señor Dumbar, pero su informe es falso. La señora Barney me dijo que esas habitaciones estaban libres desde hace dos días.

—Ya entiendo. La sobornaron para que guardase silencio.

—¿Y por qué?

—Porque yo huí de ellos. Tuvieron que levantar el vuelo. ¿Es que no lo comprende? Se habrán ido a otra parte. Hay un hombre que va a matar a Luthero King.

—¿Cuál de ellos?

—Ninguno de los tres.

—¿Cómo se llama el asesino?

—No lo sé. Ellos lo llamaban el muchacho.

—Señor Dumbar, creo que me está contando una estúpida historia y que usted necesita tratamiento siquiátrico...

—Deben dar protección policiaca al pastor Luther King.

—¿Cree que somos estúpidos? El doctor Luther King cuenta con una gran protección policial... Y ahora acepte un consejo... Vaya al siquiatra más cercano.

Se cortó la comunicación.

Eso era todo. Yo era un loco, un tipo necesitado de camisa de fuerza, duchas frías...

Colgué el auricular.

Comprendí que sólo había una forma de arreglarlo. Hablar con el propio Luther King. Informarle del peligro que le acechaba.

Salí de la cabina.

Era un barrio de negros y en el bar sólo había negros, y justamente estaban hablando del tema del día, de la marcha del día 8 de abril, de la huelga...

—Amigos, ¿dónde se hospeda el doctor Luther King?

—En el motel Lorraine —contestó un viejo negro.

—¿Está seguro?

—La semana pasada vino a Memphis y se alojó en el motel Holliday, pero esta vez se hospedó en el Lorraine porque quería estar entre nosotros, en el barrio negro.

—¿Está el Lorraine cerca de aquí?

—A un par de millas.

—¿Alguno de ustedes tiene coche?

Me miraron con cara de extrañados y yo dije:

—Quiero prestarle un gran servicio al pastor Luther King y necesito que alguien me lleve hasta el motel Lorraine...

Un negro de unos veinticinco años sacudió la cabeza.

—Yo lo llevaré.

—Gracias.

Salimos del bar y nos metimos en un coche «Ford» modelo cinco años atrás.

—Tiene que darse prisa —dije.

—Me dará toda la que pueda, pero es una hora muy mala. Las calles por aquí son estrechas...

Se puso en marcha.

Al principio fue bien la cosa, pero luego nos sumergimos en el tráfico.

—Soy Ted Garner —se presentó.

—Cárter Dumbar —le repliqué porque tenía que seguir diciendo el mismo nombre.

—¿Qué pasa con el doctor Luther King?

—Lo quieren matar.

—Eso no es nuevo. Lo quieren matar muchos.

—Esta vez la amenaza es real.

Me dirigió una mirada y vio mi cara muy seria. Entonces apretó a fondo el acelerador.

Se puso una luz roja, pero no la respetó.

—¿Cuántos policías hay en el Lorraine? —pregunté.

—Según el periódico que leí ayer, hay treinta de uniforme y doce detectives de paisano.

—¿Es cierto?

—Puede que sí y puede que no.

—¿En qué habitación se hospeda Luther King?

—En la 306.

—¿Falta mucho para llegar?

—En dos minutos.

Esta vez no pudo pasar otra luz roja porque tenía dos coches delante y tuvo que esperar a que apareciese la verde.

Transcurrió un minuto.

—¿Sabe a qué hora intentarán matarlo? —preguntó Garner.

—No, no lo sé.

—¿Y en qué lugar?

—Tampoco.

—Entonces los policías podrán protegerle.

—No, no podrán si una bala llega de un punto que ellos no estén vigilando.

—Espero que se equivoque.

—Yo también lo deseo, señor Garner.

Corrimos por la calle y doblamos a la izquierda.

—Ahí tiene el motel Lorraine.

Había unas estudiantes negras debajo de una terraza.

—Eh, mire a Martin Luther King —dijo Ted Garner—. Ahora sale a la terraza.

Estábamos como a unos treinta metros.

—Aparque —dije porque se había quedado un poco distraído.

Yo seguía mirando al doctor Luther King. Estaba hablando con las colegialas debajo de la terraza.

De pronto se oyó un disparo.

Vi cómo el pastor Luther King caía.

Salté del coche cuando todavía no se había detenido.

Estaba ya muy oscuro.

Un hombre dijo muy cerca:

—¿Qué pasa? ¿Hay fuegos artificiales?

No se había dado cuenta de que el doctor Martin Luther King había sido alcanzado por una bala.

Una mujer le contestó:

—Debe de haber reventado el neumático de un coche...

De pronto, un hombre gritó desde la terraza:

—¡Han disparado sobre él...! ¡Está muerto!

Dos chicas se precipitaron hacia la escalera.

Miré hacia unos árboles. La bala solamente podía haber llegado por allí.

Eché a correr.

No sé cómo pude hacerlo. Pero yo corría aunque no podría competir con un atleta.

Crucé los árboles y vi una fea casa.

Era una pensión.

La calle se llamaba South Main.

—Hola, chico —dijo una voz que salió de un seto.

Allí estaba Rock, pero no vi a Angus ni a Andy.

Me sonrió apuntándome con una «Luger» y aposté a que era la mía.

—Al fin viniste a la madriguera, Bruce.

—¿Quién fue?

—Acércate, muchacho y te lo diré. Es un secreto que debemos guardar tú y yo.

Fui a su lado pensando que estaba llegando a mi última hora, el último segundo de mi vida, porque, cuando estuviese a un par de metros, me iba a balear.

—Vas a cumplir tu obligación, Bruce —dijo Rock— riendo. —Tú serás el asesino de ese líder negro. Tú solo. Bruce Frazer...

Había logrado escapar de ellos el día anterior y de nada había servido. Como Rock acababa de decir, yo mismo les había facilitado las cosas apareciendo cerca del motel Lorraine en el momento oportuno, justo cuando acababan de asesinar al premio Nobel de la paz.

CAPÍTULO XII

A lo lejos, por las proximidades del motel Lorraine, el jaleo iba en aumento.

Un hombre gritó:

—¡Le han metido una bala a Luther King en el cuello...!

Otro gritó:

—¡Lo han degollado!

Un tercero dijo:

—¡Tiene la mandíbula y el cuello destrozados...! ¡Está como muerto...!

Rock dejó oír su voz:

—¿Qué haces, pajarito? Acércate.

Caminé hacia él sintiendo que la ira me invadía la sangre y que me llegaba hasta el cerebro.

Rock no se dio cuenta de eso. Era un mal sicólogo. Si lo fuese, habría sabido que en ese momento no me importaba morir.

Por eso, cuando llegué a su lado, sin importarme su pistola, le metí un puntapié en el bajo vientre.

Fui certero.

Rock se derrumbó sin disparar.

Luego le puse el pie en el cuello y, con una gran facilidad, lo despojé de la pistola.

Comprendí en seguida por qué había sido tan fácil. Rock se estaba poniendo verde. Le había tocado un punto muy vital y se retorció como una lagartija.

—¿Dónde están tus compañeros, Rock?

—Detrás de la casa —contestó.

—Si me engañas, te levanto la tapa de los sesos, y eso te lo juro.

—Detrás de la casa —volvió a repetir.

—Levántate.

De un momento a otro llegaría allí la policía.

Me aparté de Rock y se puso en pie.

—Camina aprisa.

Estaba muy dolorido, pero se levantó rápidamente.

Fuimos a la pensión de South Main.

Una mujer estaba gritando desde el motel Lorraine:

—¡Han matado al rey...! ¡Ha muerto el rey...!

Metí la pistola en el bolsillo porque nos podía ver la gente después de salir de entre los árboles.

Un «Mustang» blanco echó a correr por la calle.

Un hombre corrió por la acera hacia el «Mustang» blanco que se alejaba velozmente.

—¡Eh, señor, ha perdido una cosa...! ¡Señor...! ¡Señor...! ¡Su caja...!

Miré lo que aquel hombre tenía en la mano. Era una caja larga, rectangular, y sentí un estremecimiento porque aquella caja era lo más parecido a un estuche de fusil.

Seguía sin aparecer ningún policía, pero, según Ted, el muchacho del «Ford», había docenas y docenas de agentes de uniforme y de paisano vigilando a Martin Luther King.

—¿Dónde está el coche, Rock?

—Debería estar aquí.

No vi por ningún lado a Angus o a Andy.

Un tipo estaba poniendo en marcha su automóvil.

Lo cogí por el hombro y lo aparté.

—¿Eh, qué pasa? —Gruñó.

Vi que estaban puestas las llaves de contacto.

—Váyase a casa, amigo.

—Pero ¿qué ocurre?

—Han matado a Luther King. Necesito su coche. Lárguese —asomé la pistola del bolsillo.

Era un tipo de cincuenta años, gordito. Dio media vuelta y echó a correr.

—¡Arriba, Rock! ¡Tú conducirás!

—Eh, ¿adónde vamos?

Le hablé con los dientes apretados.

—Si vacilas un segundo te mueres aquí, Rock. Te lo juro. Puedo ir solo.

Comprendió que podía conducir el coche solo y se metió en el

asiento.

Yo di la vuelta por detrás.

Rock puso en marcha el coche y quizá habría salido disparado, pero en un momento me puse a su lado, antes de que el vehículo se moviese.

—Vamos, Rock.

—¿Adonde?

—Detrás del «Mustang» blanco.

—Yo no veo ningún «Mustang» blanco.

—Echa a correr y no respetes luces.

—¿Qué pasa si nos detiene la policía?

—No te preocupes por eso. Si te paras ante una luz roja, te vuelvo la cabeza.

Eché a correr.

Pero efectivamente, el «Mustang» blanco ya no se veía.

—¡Más aprisa, Rock!

—Estoy corriendo mucho más del límite.

—¡Sigue subiendo!

El motor zumbaba por las calles del barrio negro de Memphis.

—No veo ningún «Mustang» —dijo Rock.

—¿Quién iba en él?

—No lo sé.

—¿Quién iba en él, Rock? —dije y apoyé el cañón del revólver en su costado.

—¡Juro que no sé su nombre...! Angus se encargó de él. Angus lo sabe, pero yo no...

—¿Y Andy?

—Andy también lo ignora. Angus se ocupó sólo de ese tipo.

—¿Quién hay detrás de Farrell?

—Tampoco lo sé.

—Te vas a ganar una bala.

—Oí hablar de dos más...

—¿Quiénes son?

—Sólo oí a Angus que habían dos detrás de Farrell. Le pregunté a Angus, pero él dijo: «Es mejor que no lo sepas. Sería peligroso para ti, Rock».

—Dijiste que el coche de Angus y Andy te estaba esperando en South Main. Pero no estaba. ¿Qué pasó?

—Y yo qué sé. Acordaron que me recogerían... Eh, Bruce, sigo sin ver el «Mustang» blanco.

Pensé que el hombre del «Mustang» blanco podría haber cambiado de coche. Eso era lógico. O haber corrido mucho más que nosotros.

—¿Dónde quedasteis citados para volver a Nueva York, Rock?

—¿Eh?

—Por si teníais que separaros, debisteis quedar en algún sitio... Ya sé lo que pasó. Debieron ver como te quitaba el arma en aquel seto, y tus amigos te abandonaron.

—No, no pudieron hacer eso.

—Lo hicieron, Rock. El tipo del «Mustang» blanco se largó. Y allí estaban Angus y Andy. Todo había terminado bien. Pero les entró pánico cuando yo aparecí... ¿Dónde quedasteis citados?

No contestó y yo dije:

—Ya no me sirves. Rock. Te puedo matar y tirarte a un lado del camino.

Había disminuido la marcha del coche y me conformé porque ya no había ninguna probabilidad de encontrar al «Mustang» blanco.

Me miró asustado porque mis últimas palabras habían calado en su mente. Poseía muy poca información. Yo podía matarlo.

—Quedamos citados en una cabaña cerca del campo de aviación —declaró.

—Supongo que sabes el camino.

—Sí.

—Bien. Vamos allá.

Poco después corríamos por la autopista, camino del campo de aviación.

Puse la radio del coche.

Ya estaban dando la noticia.

—El pastor Martin Luther King se encontraba en la habitación 306 del motel Lorraine en compañía de Ben Braeh, quien le estaba cantando «Oh, precioso Señor...». También se encontraba allí Joseph Louvve, de veintisiete años, productor asociado del laboratorio de emisiones públicas en Memphis, que se disponía a realizar una película documental sobre la «Marcha de los pobres». Según parece, Joseph Louwe ha tomado las mejores fotografías que precedieron inmediatamente al disparo... El doctor Martin Luther

King con sus más inmediatos colaboradores. Ralph Abernathy y Andy Young se disponía a ir a cenar con el reverendo Samuel Klyes. Jesse Jackson se lo recordó... El pastor Luther King dio la conformidad, pero dijo que antes quería tomar un poco de aire fresco porque le dolía la cabeza. Abrió la puerta y salió a la terraza. Jesse Jackson lo siguió... Algunas estudiantes negras del Lemoyne College estaban abajo y hablaron con Luther King. El chófer de Martin Luther King, Salomón Jones, estaba limpiando el coche. Justamente, el chófer, al ver a Luther King en la terraza, le dijo: «Doctor King, ¿se da cuenta del frío que hace esta noche? Póngase el abrigo». El doctor King le contestó: «Me lo pondré», y se apoyó en la balaustrada de la terraza y aspiró el aire fresco. Entonces se produjo el disparo... Jesse Jackson dijo: «El disparo le alcanzó entre el cuello y la mandíbula derecha destrozándosela. Martin me miró con mirada sorprendida y con una sonrisa extraña en sus labios y luego cayó hacia atrás. Tenía la misma sonrisa cuando llegó la policía». Una de las estudiantes, Clara Esther, gritó: «Han disparado desde el otro lado de los árboles...». La policía se está mostrando muy activa. El doctor Martin Luther King ha sido transportado al Hospital de San José. Su estado es desesperado... Continuaremos dando noticias...

Apagué la radio.

—Rock, lo habéis conseguido.

Rock no hizo ningún comentario.

—Sois unos canallas... Unos perros rabiosos. Habéis matado a un hombre que luchaba por la no violencia, por un mundo mejor... Tú eso no lo puedes comprender, ¿verdad, Rock? Tú eres un asesino profesional.

—¡No soy un asesino profesional!

—Oh, no, perdona. No, te encargaron del trabajo. No temas bastante puntería. ¿Quién lo hizo, Rock?

—No lo sé.

—¿Quién lo hizo, maldita sea? —grité con toda la fuerza de mis pulmones.

—¡No lo sé! —gritó él también—. Angus te lo dirá.

—Sí, Angus me lo va a decir aunque tenga que sacarle las tripas... Yo era el chivo emisario, ¿eh? Pero os salió mal porque logré escapar...

Eso me costó un puñetazo en la boca y un pateo de hígado. Angus me tumbó en el suelo a la primera. Andy lo tuvo que detener o me habría matado... Dios mío, ahora lo comprendo.

—¿Qué es lo que comprendes?

—Me dejaron sólo para hacerme cargar con el muerto. ¿Es que no lo entiendes, Bruce? Al fallar tú, me eligieron a mí. Ese canalla de Angus me ordenó que estuviese cerca de los árboles. ¿Para qué? Para que la policía me atrapase...

—No, no podían consentir que te atrapasen porque tú conocías a Farrell. A no ser que te hubiesen matado antes. Sí, podía ser eso. Quizá te habrían detenido, pero estoy seguro de que estabas sentenciado a muerte para que no abrieses la boca.

—Todo lo que está ocurriendo es demasiado difícil para mí. No comprendo nada.

—Yo te ayudaré a comprender muy pronto. Pero será mejor que me lleves a la cabaña.

Dobló por la pista, hacia la derecha.

—¿Es por aquí?

—Sí, ya estamos llegando. Está muy cerca. A una milla.

Vi la cabaña a lo lejos y también vi el auto en el que el día anterior habíamos viajado desde el aeropuerto hasta el hotel Barney.

CAPÍTULO XIII

—Más despacio, Rock —le dije.

Disminuyó la velocidad.

De pronto, sonó un disparo.

La bala destrozó el parabrisas pasando por entre Rock y yo.

Rock frenó bruscamente y me deslicé en el asiento quedando a resguardo.

—¿Qué haces? ¡Sigue adelante! —ordené.

—¡Nos van a matar!

—¡Sigue adelante te digo!

—¡No puedo, maldita sea! ¡No puedo! ¡Me van a matar!

—Ellos te están viendo. Dispararán contra mí. No te preocupes.

Rock puso otra vez en marcha el coche mientras se ponía a gritar:

—¡Angus, soy yo, Rock Sullivan...! ¡No dispires! ¡Soy tu amigo...!

No dispararon y el coche se fue acercando a la cabaña.

De pronto sonó una ráfaga.

Vi cómo Rock se estremecía y soltaba un gemido y se inclinaba sobre el volante.

Había recibido no menos de tres balas en la cabeza.

Pero el coche seguía andando hacia la cabaña.

En unos segundos chocaría contra ella.

Abrí la portezuela y me arrojé al suelo.

Soltaron otra ráfaga y las balas me persiguieron en la tierra.

Encontré un tronco en mi camino y allí me detuve.

Angus estaba en el porche haciendo funcionar la metralleta.

Soltó una carcajada al verme en el tronco y se dispuso a mandarme otra ráfaga.

Apreté el gatillo dos veces.

Angus se tambaleó al recibir los plomos y soltó un gruñido feroz.

Me mandó la ráfaga, pero demasiado alta.

Luego dejó caer la metralleta y se llevó las manos al estómago.

—¡Maldito! —dijo y se desplomó.

Eché a correr hacia el porche.

Faltaba un tipo. Andy.

Antes de llegar al porche vi al piloto que salía con las manos en alto.

—¡No dispaes, Bruce! ¡Me entrego!

Su cara estaba blanca como el yeso. Miró a Angus y dijo:

—¡Dios mío...! ¿Está muerto?

—No lo sé.

Me agaché sobre Angus y me levanté.

—Sí, ya dejó de hacer mal. Lo siento porque lo quería vivo.

—¿Y Rock?

—Muerto también.

—Esto es un desastre.

—Sólo es el comienzo, Andy. Quiero que hables.

—¿De qué?

—De todo.

—Yo no sé nada.

—Lo mismo dijeron ellos, pero no lo voy a soportar.

—No sé nada.

—Oh, sí, tú solo eres un piloto que contrataron para hacer un viaje de ida y vuelta... Nueva York-Memphis... Memphis-Nueva York.

—Así es.

—¿Y cuánto cobrabas por eso?

—Dos mil dólares.

—¿Quién te pagaba?

—Angus Lebow.

—¿Cuál es tu nombre completo?

—Andy McPherson.

—¿Quién era el tipo que disparó contra el pastor?

—No lo he visto en mi vida.

—¿Cómo se llamaba?

—Nunca le oí el nombre.

Le pegué en el estómago con el puño.

Andy cayó de rodillas.

—Soy un hombre miedoso, Bruce. Y puedes matarme. Pero no conseguirás nada de mí porque no sé nada. Angus nunca me confió el asunto. Sólo me dijo que un hombre se encargaría de matar a Luther King, que te teníamos que traer a Memphis y que serías el chivo emisario... Si no te hubieses escapado del hotel Barney te habrían puesto la tercera inyección esta mañana y habrías quedado listo.

—Eso es una barbaridad. Me habrían dejado inútil.

—No, la tercera inyección te habría dejado en condiciones para pasar por el asesino. No habrías ofrecido resistencia. Sólo se te habría anulado la voluntad, pero, ante la policía, serías un hombre en plenas facultades físicas. Ésa era la reacción de la tercera inyección. Las dos primeras te habían atacado el cerebro, pero no la tercera. Te estaban haciendo una especie de lavado. Después del tratamiento completo, habrías obedecido las órdenes de Angus.

—Un crimen científico, ¿eh?

—Sí, algo así.

—Pero no sabes lo demás.

—Angus sólo me contó lo referente a ti, puesto que yo estaba contigo.

—¿Y no le hiciste preguntas acerca del muchacho del rifle?

—No, no le hice preguntas porque era preferible que no supiese esas cosas. Si algo se ponía feo, tendríamos que escapar y, si me cogían, se demostraría que yo sólo era un piloto contratado para realizar un viaje. Era mi coartada y no la podía echar a perder haciendo preguntas estúpidas.

Sus argumentos eran bastante convincentes.

—Está bien, Andy. Nos vamos.

—¿Adonde?

—A Nueva York.

—Pero ¿qué va a pasar en Nueva York?

—Todavía no lo sé, Andy... Andando. Tú conducirás el coche.

—¿Qué hacemos con los cuerpos de Angus y Rock?

—No te preocupes. Los dejaremos. Cuando los encuentren pensarán que se mataron entre sí.

Andy estaba dispuesto a colaborar. No hizo el menor intento de huir, quizá porque él también estaba deseando largarse de Memphis.

Puse la radio y el locutor anunció que el doctor Luther King había muerto en el Hospital de San José.

No se sabía nada del asesino.

El locutor se preguntaba si habría conjuración.

Solté una risita.

Yo sabía más que todos ellos juntos.

Llegamos al campo de aviación y abandonamos el coche.

Andy ocupó su lugar ante los mandos del avión y me senté a su lado.

—¿Listo, Bruce?

—Adelante.

El avión se deslizó sobre la pista y se elevó. Así emprendimos el camino de regreso a Nueva York.

Miré la ciudad de Memphis en donde había sido asesinado el líder negro de la no violencia, el premio Nobel de la Paz, el pastor Martin Luther King.

Tal como había sido preparado el plan, en aquellos momentos yo debía de estar en manos de la policía y, después de mi lavado de cerebro, las preguntas y las respuestas habrían sido:

—¿Cuál es su nombre?

—Bruce Frazer.

—¿Profesión?

—Detective privado.

—¿Dónde fue expedida su licencia?

—En Nueva York.

—¿Mató usted al doctor Luther King?

—Sí.

—¿Por qué?

—Porque lo odiaba.

Sí, algo de eso habría ocurrido, pero me había librado. Unos canallas, unos miserables, habían querido liquidar a Martin Luther King, pero yo sólo conocía a uno, a Paul Farrell. De momento, era al único hombre al que podía atrapar.

Andy guardó silencio durante el viaje.

Le hice un par de preguntas, pero sus respuestas no sirvieron para nada.

Llegué a la conclusión de que Andy era un pequeño peón de aquel enorme tablero de ajedrez.

Llegamos a Nueva York.

Andy dio un suspiro cuando el avión se detuvo.

—Bruce, quiero pedirte un favor. Déjame marchar a casa.

—No hay nada que hacer.

—Tengo mujer y dos hijos.

—El doctor Luther King también tenía mujer y más hijos que tú.

—¡Yo no lo maté!

—Fuiste un cómplice. Sabías a quién iban a matar. Tendrás que responder por eso... Me vas a acompañar con Farrell.

—¡Oh, no!

—Sí, Andy, tienes que hacerlo.

—Por lo que más quieras, Bruce. Si voy contigo te matarán. Dirán que me vendí.

—Te estoy amenazando con una pistola. Vendrás a la fuerza. Recuerda, Andy, fui acusado de un crimen en Nueva York. Soy el supuesto asesino de Larkin, pero fue Farrell quien lo hizo. ¿Tú lo comprendes? Soy; un tipo a quien han puesto precio y no me importará liquidar a un bastardo como tú.

—Iré contigo.

—Vamos a la cabina. Tengo que hacer una llamada.

Lo hice entrar en la cabina telefónica.

—Ponte en cuclillas.

Se puso en cuclillas.

—Ahora, siéntate.

Se dejó caer.

Estaba en una posición difícil para que intentase alguna cosa.

Busqué el número de Farrell y lo marqué.

—Farrell, soy Bruce Frazer.

—¿Quién es Bruce Frazer?

—Le extraña, ¿eh? Yo debería estar en Memphis.

—No sé de qué me habla.

—Sus dos chicos murieron. Me refiero a Rock Sullivan y a Angus Lebow.

—No creo siquiera que sea usted Bruce Frazer.

—Estoy en el campo de aviación con Andy McPherson. Él está a mis pies y le estoy apuntando con una pistola.

Tardó unos segundos en contestar.

- Frazer, ¿qué quiere?
- Dinero, mucho dinero.
- ¿Cuánto?
- Lo que no le pagó a Larkin.
- Cien mil dólares es mucho.
- Pague, o para usted será la noche eterna.
- De acuerdo. Tendrá los cien mil dólares.
- Dentro de dos horas.
- Es muy poco tiempo.
- Dentro de dos horas en casa de Jeanne —dije, y colgué.

CAPÍTULO XIV

Viajamos en un taxi.

Yo había preparado una hermosa trampa.

¿Daría resultado?

Llegamos al final de la carrera y pagué al taxista. Subimos en el ascensor.

Andy cada vez estaba más nervioso.

Pulsé el timbre y volví a oír aquella música de orquesta sinfónica.

Jeanne abrió la puerta.

Se cubría con un vestido primaveral de colores chillones y estaba hermosa y atractiva.

—¡Bruce!

Hice entrar a Andy de un empujón.

—Siéntate y no te muevas.

Andy me obedeció.

Jeanne nos miraba a los dos con las cejas enarcadas. —¿Qué pasa, Bruce...? Creí que estabas en México—. Todo fue una canallada. Mi destino no era México, sino Memphis.

Vi que tenía puesto el televisor. Estaban dando un reportaje sobre la vida del doctor Luther King.

Ella observó el televisor y volvió los ojos a mí.

—¡Oh, no, Bruce, tú no tienes nada que ver con eso!

—Yo no, pero ellos sí. Me llevaron a Memphis para dejarme en el regazo de la policía. Querían que cargase con el asesinato del pastor.

Jeanne se apretó las sienes con las manos.

—Pero ¿por qué? ¡Eso es monstruoso!

—Farrell nos sacará de dudas.

—¿Farrell?

—Tu protector lo preparó con otros.

—¡Dios mío...!

—Vendrá aquí. Traerá cien mil dólares... Lárgate, Jeanne.

—¿Por qué?

—Porque no quiero que estés aquí cuando estalle la tormenta.

—¿Por qué entonces lo citaste aquí?

—No podía ir donde a Farrell le conviniese.

—Pero él puede traer matones, asesinos...

—Es posible, pero sabré librarme de ellos... Anda, vete, Jeanne.

—No me iré.

—Jeanne, te digo que no puedes quedarte.

—Es mi apartamento.

—No es tuyo. Lo arrendó Farrell para ti.

—Da lo mismo.

Di un suspiro. Aquella chica era difícil de manejar.

—Dame un *whisky*.

Me sirvió una buena ración.

Bebí un largo trago y encendí un cigarrillo.

¿Dónde debía sentarme para impedir la sorpresa?

¿Qué haría Farrell? ¿Traería los cien mil dólares o se haría preceder por una legión de asesinos?

Sonó el teléfono.

Jeanne lo cogió.

—¿Farrell...? Sí, está aquí... Es para ti, Bruce.

Tomé el receptor.

—¿Qué hay, Farrell?

—Tendré los cien mil en quince minutos...

—¿Sólo me llama para eso?

—Para algo más.

—¿De qué se trata?

—Quiero sacarle del país y por ello no se puede celebrar la cita ahí.

Me eché a reír.

—Oiga, Farrell, ya me quiso sacar del país una vez. Quería llevarme a México, ¿y adónde me llevó? Al matadero.

—Esta vez es distinto.

—Sí, muy distinto, y por eso, en lugar de llevarme a México, esta vez me llevaría al cementerio más cercano... Lo espero aquí, Farrell. No me falle.

Dejó el auricular en la horquilla antes de que hiciese una nueva sugerencia.

—Bruce —dijo Jeanne—, ¿por qué no llamas a la policía?

—Por una razón. Porque soy un asesino.

—Puedes probar que tú no mataste a Larkin.

—¿Y cómo lo voy a probar?

Guardó silencio. Conocía la imposibilidad de convencer a la policía de que yo no había tenido nada que ver con la muerte de Larkin. Y cuando supiesen que había viajado a Memphis, estarían dispuestos a cargarme también el asesinato del pastor Luther King.

El locutor estaba diciendo en la TV que no se sabía nada del asesino de Luther King.

Solté una risita. No, no sabían nada. «Todo perfecto para ti, Bruce Frazer. Un pequeño fallo y bailarás la danza de la muerte».

—Apaga ese televisor, Jeanne.

La joven dejó la pantalla a oscuras.

No valía la pena seguir escuchando aquello.

Un poco más y dirían que el asesino estaba loco.

Un criminal sicópata.

Un delincuente solitario.

Un hombre al que se le había ocurrido cargarse al doctor Martin Luther King porque no le gustaba el color de sus ojos.

Sonó el timbre.

Me acerqué a la puerta con la pistola en la mano.

—Apártate de ahí, Jeanne —dije porque ella estaba frente a la puerta.

Jeanne se fue hacia el fondo.

Andy saltó del sillón y se fue con Jeanne.

Abrí y Farrell entró.

Dio unos pasos.

—¿Está solo, Farrell? —pregunté.

—Claro que sí, completamente solo. Como usted dijo.

Traía un portafolios en la mano.

—Entre y cierre.

Entró y cerró.

Sonreía como un actor de la pantalla al que le fuesen a ofrecer el Oscar de la Academia de Arte y Ciencias Cinematográficas.

Dejó el portafolios sobre la mesilla y se volvió frotándose las

manos.

—Bien, Frazer, creo que me porté mal con usted.

—¿De veras?

—Usted ha demostrado ser un tipo que vale.

—Sí, soy un tipo con un gran futuro.

—Lo tendrá con nosotros, Bruce.

—¿Nosotros?

—Quise decir conmigo.

Se volvió hacia la mesa y abrió el portafolios.

—No ponga las manos dentro, Farrell —le advertí.

—Sólo hay billetes.

—Coja el portafolios, vuélquelo dejando caer los billetes.

—¿Cómo?

—Haga lo que le digo.

—Pero, Bruce...

—¡Obedezca!

Titubeó unos instantes y por último cogió el portafolios y lo volcó.

Cayeron muchos fajos de billetes.

Y una pistola.

—Conque ése era el pago... —Reí.

—Se equivoca. —Se estaba poniendo muy pálido—. Sólo tenía la pistola ahí por si las cosas se complicaban. Alguien podía robarme. Son cien mil dólares. Es mucho dinero.

—Es usted un hijo de perra, Farrell.

Empezó a sudar.

—Farrell, le voy a hacer una pregunta y quiero que conteste sin vacilar... ¿Quiénes son los otros conjurados?

—No entiendo.

—Me ha entendido perfectamente. Los otros hombres que con usted decidieron liquidar al pastor Luther King.

—Fue solo cosa mía.

—¿De veras?

—El pastor Luther King era mi enemigo... Verá, una vez me arrojó de su hotel. Estaba aquí, en Nueva York, y yo lo visité... Era un hombre con grandes posibilidades comerciales. Había sido premio Nobel de la Paz. Quería convertirlo en socio de mi empresa y él me contestó que no se ligaría en nada sucio...

—Un cuento muy malo. Usted es listo, Farrell. Jamás habría hecho tal oferta a un hombre como Luther King.

—La hice.

—Cuenta otra cosa, la verdadera historia.

—¡No hay otra historia!

La puerta se abrió de golpe.

Dos tipos entraron con metralletas.

Vieron primero a Farrell y eso les hizo titubear.

—¡A mí no! ¡A mí no! —gritó Farrell.

Pero los primeros tiros fueron para él, aunque yo ya estaba disparando.

No necesité gritar a Jeanne que se tirase al suelo.

Lo hizo ella misma.

Andy tardó demasiado tiempo en tumbarse.

Y lo tumbaron las balas.

Farrell también cayó.

Uno de los forajidos pareció perder la cabeza. Se le fue hacia atrás porque yo le había metido un obús entre el cuello y la mandíbula. Así había muerto el doctor Luther King.

El otro empezó a girar hacia mí.

Pero no me llegó a mandar la rociada porque lo estaba llenando de plomo.

Soltó un aullido muy largo y otro más corto y cayó mandando balas contra la pared de enfrente.

Jeanne levantó la cabeza.

—Bruce, ¿estás bien?

—Perfecto.

—Pueden haber más asesinos...

—Seguro que los hay.

Farrell todavía no había muerto y me acerqué a él.

—Farrell —le dije—, ¿quiénes son los otros conjurados? Dígalo rápido. Se está muriendo.

CAPÍTULO XV

—Yo maté a Larkin... Me quería hacer chantaje —dijo el moribundo.

—Muy bien. Ahora le pregunto por los conjurados, por sus socios en el negocio de matar a Luther King.

Soltó una bocanada de sangre.

De un momento a otro se iba a quedar rígido.

Si se iba al otro mundo con su secreto, todo habría acabado.

—Farrell, usted ha dado la cara... Sus amigos darán un suspiro de alivio cuando sepan que ha muerto...

Me pregunté si comprendería mis palabras porque su miraba erraba ya a derecha e izquierda de la habitación.

—Ed Shore... —murmuró.

Ed Shore era un famoso columnista de uno de los diarios de mayor tirada de Nueva York, un empleado del multimillonario Hugh Wetelman, dueño de no menos de trescientos periódicos y semanarios que se publicaban en el país y de una docena en el extranjero, propietario de varias emisoras de radio y de televisión. Toda una potencia económica dentro de la potencia económica de nuestro país.

—¿Quién más, Farrell? —pregunté.

Sus ojos estaban fijos.

Le tomé el pulso.

Había muerto.

Sólo había dicho un nombre. Ed Shore.

—Vámonos, Jeanne.

—¿Crees que nos van a dejar?

Atrapé una metralleta.

—Nos defenderemos —le dije.

Ella cogió la pistola de Farrell.

—Entonces tendré que disparar yo también.

—No me parece mala idea.

Salimos de la habitación.

No había nadie en el corredor y el silencio era de sepulcro. Después de todo, eso era en lo que se había convertido la habitación de Jeanne, una tumba para cuatro hombres.

Cuando terminara el caso, podría abrirse un cementerio particular para los que hubiesen intervenido en él y no estuviesen vivos.

Y yo quería estar vivo y que viviese Jeanne.

Pero ¿de qué serviría mi deseo?

—Jeanne, ¿tienes coche?

—Sí, en el aparcadero, aquí mismo, en el edificio. Hay un ascensor que sirve para llegar allí directamente.

—Pues vayamos a ese ascensor.

Estaba al final del pasillo.

Hicimos el viaje sin novedad.

En el garaje vi un par de docenas de coches.

Jeanne señaló un bonito modelo de aquel año.

—Me lo regaló Farrell —dijo.

Caminamos hacia el auto y entonces empezó la segunda parte de la fiesta.

Dos tipos se dejaron ver por la proa de un «Cadillac».

Les vi la metralleta en las manos.

—¡Al suelo, Jeanne!

La joven se apartó, pero no se tiró al suelo.

Les mandé una ráfaga y ellos mandaron otra.

La mía había sido la primera porque estaba muy preparado.

Los dos tipos salieron despedidos violentamente hacia la pared y sólo uno de ellos puso en marcha las balas, pero no lo hizo en la debida dirección y sus plomos repiquetearon en las carrocerías de los coches de enfrente.

—¡Ponte al volante, Jeanne!

Ella obedeció mientras yo me quedaba quieto, mirando a derecha e izquierda, en busca de más enemigos.

Al parecer, no los había.

Jeanne trajo el coche y ella misma me abrió la portezuela.

Me colé dentro.

Jeanne apretó a fondo el acelerador y salimos de aquel garaje

haciendo crujir los neumáticos.

Durante un rato observé a un lado y a otro de la calle y a mis espaldas.

—¿Nos siguen? —preguntó Jeanne.

—Creo que no, o quizá lo hacen demasiado bien.

—¿Adónde vamos?

—Al edificio Wetelman.

—¿Qué hay allí?

—Una emisora de televisión donde trabaja un periodista llamado Ed Shore.

—Nos estarán esperando.

—Es el último sitio en donde pensarán que vamos.

El edificio Wetelman contaba con un buen aparcadero. El multimillonario había pensado en todo, hasta en cómo sus centenares de empleados dejarían el coche. Dejé la metralleta en el suelo del auto. No podía sacarla como sombrero, ni como un bebé que acunase.

Nos detuvimos en una oficina de información atendida por seis hermosas rabias, todas del mismo tamaño, con la misma medida de busto, todas con ojos verdes. Así era Wetelman, las elegía como si fuesen a formar parte del coro de una revista.

—Perdone, caballero, pero el señor Shore no le puede atender —me contestó la rubia a la que pregunté—. Está pasando su información en el estudio número siete. No se ha levantado de la silla desde hace tres horas. A cada momento recibe nuevas noticias acerca del asesinato de Martin Luther King.

—Yo le traigo una noticia que él ignora.

—¿Acerca del asesinato de Memphis?

—Acertó, rubia.

—Entonces vaya a la oficina número 124.

—¿Quién hay allí?

—Una secretaria del señor Shore lo recibirá y usted podrá darle su noticia.

Yo no pensaba dar la noticia a la secretaria del señor Shore, pero tenía bastante de momento.

Jeanne y yo subimos en uno de los ascensores hasta el piso decimotercero, en donde se ubicaba la oficina 124.

Dentro había dos jóvenes, pero ya habíamos acabado con el lote

de las rubias. Ahora entrábamos en el de las pelirrojas.

Las dos eran monas, de unos veintidós o veintitrés años, y también con óptimas medidas por cualquier lado que se las mirase.

Una de ellas estaba despachando un café con leche con un bollo y la otra tecleaba en la máquina.

La más trabajadora nos miró con ojos acerados y dijo:

—Me acaban de avisar de Información. ¿Es usted el caballero que trae la información acerca de la muerte de Luther King?

—Sí.

—Diga lo que sepa.

—Hablaré con el señor Shore personalmente.

—Lo siento. No puede... Nosotras estamos aquí para hacer un trabajo previo de selección. Compréndalo. Todavía no dijo su nombre.

—Bruce Frazer.

No hacía falta que se presentasen ellas porque cada una tenía ante su mesa un cartelito con su nombre. La que hablaba conmigo era Catherine Hudson, y la que despachaba el café con leche y el bollo era Helen Chawick.

—Tenga confianza en mí, señor Frazer —dijo la pelirroja Catherine Hudson.

—Es la mar de delicado, señorita Hudson. Se trata de los asesinos.

—Sólo hubo un asesino.

—¿Quién lo ha dicho?

Catherine hizo funcionar un televisor.

En la pantalla apareció la imagen de Shore, un hombre de unos cincuenta años. Se sentaba tras una mesa llena de papeles. De vez en cuando los consultaba.

—Damas y caballeros, se confirma por momentos la hipótesis del asesino solitario. Eso es evidente. Sólo a un loco se le podría haber ocurrido la idea de matar a un hombre de intenciones tan nobles, tan sinceras, tan dignas de alabanza como el doctor Martin Luther King... Es terrible. Debemos reconocerlo cuanto antes. El doctor Luther King emprendió una campaña en favor de los pobres, y nosotros hemos de continuar su trabajo...

—Apague, nena, o me hará llorar —le dije a la pelirroja Catherine.

La señorita Hudson hizo desaparecer la imagen de la pantalla.

—Y ahora dígle al señor Shore otra cosa, señorita Hudson. Si no me recibe en cinco minutos, iré con mi información a la policía —fue a protestar, pero no la dejé—. Recuerde. Cinco minutos.

Titubeó unos instantes y al fin descolgó un teléfono rojo.

—Quiero hablar con el señor Shore... Si, ya sé que va contra las reglas, pero se trata de una información confidencial... —La joven esperó como un minuto—. Señor Shore, aquí hay un hombre. Se llama Bruce Frazer y dice que trae noticias importantes acerca de los asesinos de Luther King... Si, los asesinos... Muy bien, señor Shore —dijo, y colgó—. El señor Shore lo recibirá en la sala de proyección número cuatro. Está dos pisos más arriba.

Le di las gracias y salimos de allí.

Otra vez viajamos en el ascensor, hasta dos pisos más arriba.

Entramos en el estudio número cuatro.

Estaba en la penumbra, pero no vimos a nadie.

—Sentémonos, Jeanne.

Ocupamos sendas butacas de la penúltima fila y encendimos cigarrillos.

Una puerta lateral se abrió dando paso a Ed Shore.

Nos buscó con la mirada, y al vernos, vino hacia nosotros cruzando entre dos filas de butacas.

—¿Es usted Bruce Frazer?

—Sí.

—Cuénteme su historia.

—El asesinato de Martin Luther King fue una conjuración.

—¿Sabe quién es el asesino?

—No, no lo sé, pero imagino que es un vulgar delincuente. Apuesto a que eligieron a cualquier tipo que tenga una ficha en la policía, contra menos famoso mejor. Nada de asesinos con reputación.

—Señor Frazer, ¿eso es lo que trae? ¿Simples hipótesis?

—Le traigo los nombres de los conjurados, ya que no le puedo dar el del asesino.

—Lo siento, señor Frazer, pero su noticia no me sirve. No ha existido conjuración. El doctor Martin Luther King fue muerto por una sola persona.

—Ya tengo el nombre de dos y son seguras... Paul Farrell y Ed

Shore. Ésos son los nombres de dos conjurados, pero apuesto a que hay un tercero, el que está por encima de ellos, Hugh Wetelman, y hasta es posible que Wetelman tenga otros socios. Pero con los que acabo de citar hay bastante de momento, ¿no le parece, señor Shore?

CAPÍTULO XVI

Se había quedado rígido.

—Señor Frazer, ¿está usted bien de la cabeza?

—Pasé mi último examen hace seis meses.

—Entonces el doctor se equivocó.

—Farrell murió, señor Shore, pero, antes de que diese el último suspiro, citó nombres.

—¿Qué nombres?

—Los que acaba de oír.

—Hice mal mi pregunta. No conozco a Farrell.

—Hizo mal su pregunta y ya no puede rectificar porque Farrell era su cómplice. Está atrapado, Shore.

Saqué la pistola y lo apunté.

—¿Qué significa esto? —inquirió.

—Es la mar de sencillo, Shore. Lo que tengo en la mano es una pistola y si aprieto el gatillo sale una bala.

—¿Qué es lo que busca?

—A los conjurados.

—Sea comprensivo, señor Frazer.

—Yo soy la mar de comprensivo. Lo soy unto disculpo lo que están haciendo ustedes por enviarme al otro mundo... Usted es un canalla, Shore... Necesitaban un chivo emisario y me utilizaron a mí... Me metieron dos inyecciones en las venas. ¿Para qué? Para anular mi voluntad. Yo iba a ser el único responsable de la muerte de Luther King. Pero les falló el asunto porque me pude escapar a tiempo... Sus hombres de confianza están muertos. Sí, señor Shore, Angus, Rock y Andy se fueron al infierno. Y también están en el infierno Farrell y los dos fulanos que quisieron encargarse de mí y de Jeanne... Terminé el resumen del caso, señor Shore, y ahora le toca hablar a usted. Pero hágalo aprisa. Estoy sintiendo deseos de meterle la carga de la pistola por la sucia boca para que deje de

escupir mentiras...

—Veremos a Wetelman.

—¿Por qué?

—Él le explicará.

—¿Y dónde veremos a Wetelman?

—En su casa.

—No, señor Shore.

—¿Por qué no?

—Porque yo no saldría vivo de la casa del señor Wetelman.

—¿Prefiere un parque?

—Tampoco.

—¿Su apartamento, señor Frazer?

—No, Shore, lo voy a ver aquí.

—¿Aquí?

—Sí, en este edificio. Y no me contradiga. Soy el que da las órdenes. Informe al señor Wetelman de cómo está el asunto. Pero elija un sitio desde donde yo le pueda escuchar.

Ed Shore se humedeció los labios con la lengua.

Miró hacia arriba y luego dijo:

—Vamos a la cabina de proyección. Hay un teléfono.

Lo acompañamos.

Subimos por una escalera y entramos en la cabina de proyección.

Shore descolgó el teléfono que había sobre una mesa. Marcó un número.

—Por favor, con el señor Wetelman —se enjugó el sudor con un pañuelo—. ¿Señor Wetelman...? Soy Ed Shore... Todo bien, señor, excepto una cosa, señor Wetelman. Bruce Frazer... Se le ha ocurrido la absurda idea de que hubo conjuración en el asesinato del doctor Martin Luther King... Un tal Farrell le dio informes a todas luces falsos... El señor Farrell me nombró y también le nombró a usted...

—Me miró—. Señor Frazer, el señor Wetelman quiere hablar con usted...

Me pasó el auricular.

—Hable, señor Wetelman —dije.

—Señor Frazer, lo voy a mandar detener.

—Qué pena para mí.

—Creo que está usted relacionado con un crimen.

—Con muchos crímenes.

—Me refiero a que mató a un tal Larkin.

—Lo mató Farrell y tengo su confesión.

—¿Por escrito?

—Por escrito —le mentí—. La trampa que ustedes montaron no surtió efecto. Soy libre y el dueño de la situación... Puedo acabar con ustedes.

Wetelman rió desde la otra parte, pero lo hizo de mala gana.

—Señor Frazer, es usted un podrido investigador privado... Pero consentiré entrevistarme con usted.

—Bravo.

—Iré ahí en unos minutos.

—Estupendo. Cabina de proyección de la sala número cuatro.

Se cortó la comunicación y dejó el receptor en la horquilla.

Shore seguía sudando.

—¿Qué ha dicho, Frazer?

—Que vendrá.

—Lo celebro. Yo me voy.

—No. Usted se queda.

—Tengo que dar noticias.

—Espere un rato y alguien dará la mejor noticia por usted.

Sonrió también con desgana.

—Está bien. Como quiera.

Se sentó en una silla.

—Jeanne —dije—, ponte detrás de la máquina de proyección. Es de buen material. Estarás bien resguardada.

—¿Qué va a pasar, Bruce?

—Todavía no lo sé.

Oí los pasos y apunté a la puerta.

Se abrió ésta y entró Wetelman.

Lo había visto varias veces fotografiado en los periódicos.

Su súbita aparición significaba que se encontraba en el edificio, en su gran despacho porque estaban dando noticias sensacionales acerca de un caso sensacional, el de un asesinato que había sido realizado por ellos mismos.

Wetelman frisaba los sesenta años y poseía una fuerte constitución, cabeza poderosa, con muy poco cabello sobre el cráneo. Se cubría con un traje veraniego. También él sudaba.

Ed Shore se levantó de un salto.

—Señor Wetelman, yo...

—Cállate, Shore —ordenó tajante.

—Sí, señor.

Wetelman cruzó los brazos y me observó con mirada fija.

—No voy a admitir nada, señor Frazer.

—Sería una pena.

—¿No le entregó Farrell los cien mil dólares?

—Llevó demasiadas cosas con los cien mil dólares. Una pistola entre el dinero y dos matones con metralleta. Y otros dos asesinos nos estaban esperando en el garaje. Y todo eso después de haber escapado de Memphis.

Apretó los maxilares y su cara adquirió la dureza de la piedra.

—Señor Frazer, soy un hombre importante.

—Enhorabuena.

—Puedo hacer mucho por usted.

—Más felicitaciones.

—Esto lo vamos a zanjar entre nosotros...

—Exacto, Wetelman, lo vamos a zanjar entre nosotros porque ustedes van a confesar.

—Recibirá más de lo que le pidió a Farrell. Doscientos cincuenta mil dólares. Un cuarto de millón. Usted viajará inmediatamente a Europa y se llevará a esa chica tan bonita que ha traído con usted.

—Y todos viviremos felices.

—Sí, señor Frazer. Será un hermoso final.

—El final va a ser otro. El que yo he decidido. Ustedes pagarán por el asesinato que organizaron en Memphis.

Wetelman se apartó de la puerta.

No me había dado cuenta que había quedado entornada.

Vi a un hombre que asomaba una pistola por el hueco.

Disparé.

El tipo hizo fuego también hasta no quedar una bala en el cargador.

Se produjo una explosión.

Las balas del asesino habían ido a chocar contra los rollos de película depositados en una estantería metálica.

Wetelman había ido a parar junto a Shore, y en unos instantes, los dos fueron envueltos por las llamas.

Entonces ocurrió lo peor.

Shore perdió el equilibrio estrellándose contra la estantería, justo cuando en ésta sobrevinía una segunda explosión.

Wetelman y Shore se pusieron a pegar chillidos.

Jeanne echó a correr. Algunas llamas habían prendido en su vestido.

Vi un trozo de lona en el suelo y golpeé a Jeanne hasta apagar las llamas.

—¿Estás herida?

—No.

Aquello era un infierno y salimos de allí.

Detrás de nosotros sobrevino una explosión más fuerte y ya dejamos de oír los gritos de Wetelman y Shore.

Oímos gritos arriba.

—¡Fuego en la sala de proyección número cuatro...!

Bajamos en un ascensor y en seguida ganamos la calle.

El teniente de la Brigada de Homicidios, Matt Townsend, dijo:

—Tiene suerte, Bruce. Red Kellog el Bombardero del Bronx, ha confirmado lo que nos contó, que Paul Farrell mató a Charles Larkin. Está libre de culpa.

—¿Y qué hay de Angus Lebow y Rock Sullivan?

—Murieron en aquella cabaña de Memphis disparando uno contra el otro. Hicieron algún negocio conjunto y pelearon. Eran dos tipos con un largo prontuario policiaco...

—¿Y qué me dice de lo que pasó en el apartamento de Jeanne?

—Es la mar de sencillo. Paul Farrell quiso acabar con usted, puesto que él era el asesino de Charles Larkin. Le llevó los cien mil dólares para callarlo, pero realmente lo que quería era matarlo. Por eso se llevó a sus matones. Paul Farrell también era un tipo que se conocía bien en el Departamento de Narcóticos. Iban detrás de él y, de un momento a otro, le habrían echado mano. Utilizaba sus barcos para introducir drogas en nuestro país...

—Por fin llegamos a Ed Shore y Hugh Wetelman.

—Muerte por accidente.

—¿De veras, teniente?

—Wetelman y Shore estaban pasando una película, eligiendo trozos de documentales acerca de la vida de Luther King y se produjo una explosión en la cabina. Cuando los bomberos

intervinieron, no hubo nada que hacer. Encontraron sus cuerpos carbonizados.

—¿Y qué hay de un tipo con una bala en el cuerpo?

—No, señor Frazer, no se encontró otro cadáver.

—Así que lo soñé todo...

El teniente Townsend se tironeó del lóbulo de una oreja.

—Algún día atraparemos al asesino de Martin Luther King.

—Tuvo tiempo para ir a Tokio, a Australia, a cualquier punto de Europa... Es posible que lo detengan. ¿Y sabe lo que se descubrirá? Que será un delincuente vulgar... Le apuesto doble contra sencillo a que es así.

—Pero si hubo conjura tendrá que soltarlo todo.

—Es usted muy optimista, teniente. Yo no lo soy tanto. De todas formas, gracias por su colaboración.

Jeanne y yo salimos a la calle.

Lucía un cielo azul, espléndido, un sol primaveral.

—Jeanne —dije—, ¿quieres casarte conmigo?

Nos casamos un día de abril de 1968, aquel abril en que el doctor Martin Luther King fue asesinado en Memphis, Tennessee.

Y yo, Bruce Frazer, investigador de porquerías, estuve allí porque me habían dado un papel en aquel drama, el del asesino.

FIN

DESDE AHORA
EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
publica en calidad de
NOVEDAD EXCLUSIVA
en sus series

**CENTAURO y
OESTE LEGENDARIO**

las primeras ediciones
de las obras de

M. L. ESTEFANJA

el autor mundialmente famoso
que a través de sus relatos
llenos de fuerza y colorido,
ha sabido prestar nueva vida
a los esforzados personajes
que forjaron la leyenda del
viejo y salvaje Oeste.



APARICION SEMANAL
ASEGURE LA RESERVA
DE SU EJEMPLAR

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

Impreso en España

PRECIO EN ESPAÑA: 30 PTAS.

